

SUITE INGLESA (1927)

JULIEN GREEN

A Claude Aveline

PROLOGO

La amistad de las dos literaturas más ricas del mundo occidental -la de Francia y la de Inglaterra- ha sido vastamente fértil para las dos. Julián Green es una ilustración viviente de esa amistad, ya que en él se combinan el ejercicio de la prosa francesa y la tradición de Jane Austen y de Henry James.

Hijo de norteamericanos, bisnieto de irlandeses y de escoceses, nació en París el seis de septiembre de 1900. Su infancia huraña fue dada a la soledad y a los libros. Tuvo dos idiomas natales: leyó con fervor a Dickens, a Eugène Sue, a Jane Austen. En el liceo llegó a ser un buen latinista, un químico mediocre y un algebrista inaceptable. En 1917 se batío cerca de Verdún y en el frente italiano; en 1918 ingresó en la artillería francesa.

Firmada la paz con Alemania, dedicó un año entero a no hacer cuidadosamente nada, al solo oficio de vivir. Hacia 1920 atravesó el Atlántico y pasó dos años en la Universidad de Virginia, en Charlottesville.

Ahí escribió los borradores ingleses del relato alucinatorio *El psiquiatra aprendiz*, relato que tradujo luego al francés y que se publicó bajo el título *Le Voyageur sur la terre*. El éxito fue grande.

La única persona no convencida de la vocación literaria de Julián Green fue el mismo Julián Green, que se entregó desaforadamente al estudio de la música y de la pintura, con resultado infausto. Poco después apareció *Suite Anglaise*, estudios sobre Charlotte Brontë, Samuel Johnson, Charles Lamb y William Blake.

De esa fecha es también cierto seudónimo *Pamphlet contre les catholiques de France*, obra de un buen católico y de un buen rencoroso.

En la primavera de 1925 un editor pidió a Julián Green una extensa novela y le dio seis meses de plazo.

El resultado de ese pedido fue *Mont Cinère*, libro esencialmente infernal, odioso y ordenado. Otros libros de Julián Green:

Adrienne Mésurai (1928), *Léviathan* (1929) y *Christine* (1930).

Jorge Luis Borges

*

SAMUEL JOHNSON

(1709-1784)

«*Porque por tus palabras serás justificado
y por tus palabras serás condenado*».

La celebridad de Samuel Johnson es un hecho suficientemente curioso para que nos detengamos en él. He aquí un autor al que todavía se lee en el país de su lengua, pero sobre todo en los colegios y con muchas prevenciones. Se le cita como un mal ejemplo y se practica el desvío de las labores pomposas en las que este hombre desazonado puso toda la gravedad de su alma.

Sin embargo, sentado en su butacón como una especie de dios moroso, domina su siglo, el siglo de los Goldsmith, de los Fielding, de los Richardson. Reúne a su alrededor a algunos de los mejores espíritus de su tiempo y les habla poco más o menos como un maestro de escuela habla a sus alumnos: se le escucha, y si ve que no se le escucha vocifera; temblando se dirige de nuevo la atención, extraviada un instante, sobre sus oráculos, que a veces son espirituales, con frecuencia justos, pero aun con más frecuencia de una trivialidad extrema.

Además parece que después de su muerte todavía ejerce algo del poder que ejercía en vida. Un rebelde como Carlyle se sienta a sus pies. Stevenson, por no nombrar más que a estos dos escritores entre muchos otros, Stevenson lee todos los días el libro en el que Boswell ha consignado los menores propósitos de aquel extraño literato. En fin, que aún se estima muy divertida y muy curiosa la lectura de esta biografía modelo.

Resulta pues bastante impresionante que un hombre, que parecía haber nacido sobre todo para decir cosas molestas, sobreviva en la memoria de sus compatriotas a despecho de lo que debiera según las apariencias condenarle al olvido. Desde luego que su gloria está bien establecida. Se hablará de Samuel Johnson siempre que se siga hablando del XVIII inglés. ¿Pero a quién debe esta gloria? Lo más notable del asunto es esto: al libro de otro.

En 1763, vivía en Londres un actor llamado Davies. Davies doblaba su capacidad de actor con la de librero y entre sus clientes reclutaba un cierto número de amigos. Tenía gusto por las letras y aunque de ordinario era un poco solemne, a veces se desenvaraba y podía ser divertido. Su fuerte era imitar la voz y las maneras de las gentes.

-Se lo ruego, decía un hombrecillo del que a menudo se veía en casa de Davies la nariz en busca de todos los vientos y el gesto regocijado, se lo ruego Davies, hable Ud. como Mr. Johnson.

Y entonces Davies, meneando la cabeza, preocupada la frente, ensartaba con una voz profunda propósitos enfáticos, y el pequeño abogado suspiraba soñando en el original de la caricatura:

-iAh, si alguna vez llegase a conocer a Mr. Samuel Johnson!

Un día que bebía té en la rebotica, se oscureció bruscamente el umbral de la tienda y Davies, que desde su butaca podía ver la puerta de cristales, se levantó y tomó un aire de ceremonia:

-Boswell -dijo al abogado presa de encanto y de terror-, aquí está Mr. Johnson.

Y se vio entonces entrar a un hombre que caminaba con dificultad como si tuviese trabas en los tobillos. Corpulento y sin gracia, con un algo del contoneo majestuoso de los navíos, parecía llenar la habitación entera. Su mirada era triste; su rostro rudo y carente de gracia, aunque no de una cierta nobleza debida a la seriedad de la expresión, se resentía de una escrúpula, que la mano real no había sabido curar y a veces se contraía convulsivamente.

A esta primera impresión de melancolía se añadía una segunda más particular y que no anotaría si no fuera tan fuerte: Johnson se vestía con una negligencia extraordinaria. Su peluca, gris por completo y arrugada en lo alto de su cabeza, jamás estaba empolvada, y el lazo que retenía la coleta estaba sucio; además, esa peluca era demasiado pequeña. Es curioso que no dañase la gravedad del rostro que coronaba, porque nada en el mundo es más ridículo que una cara grande bajo un tocado que no lo es lo bastante. Un viejo ropaje marrón, que con el tiempo tomaba los tonos del orín y se surcaba de arrugas, recorría un torso enorme y golpeaba las pantorrillas de Johnson con sus pliegues interminables. En fin, medias de lana negra, que a este escritor distraído jamás se le había ocurrido estirar, resbalaban todas arrugadas por las piernas macizas.

Tal y como se le apareció a Boswell, resultaba sin duda monstruoso, pero cuando abrió la boca para charlar, Boswell no vio ya nada más. La palabra de Johnson obró sobre él como los gestos de un mago; cautivó en seguida a esta alma adorada y servil que buscaba un altar en el que quemar su incienso.

-Estaba muy agitado, nos dice; me acordaba de la prevención de Mr. Johnson contra los escoceses, y que Davies, al presentarme a él, hiciese alguna alusión a mi país de origen, me hacía temblar. Naturalmente Davies no dejó de hacerla.

-Mr. Boswell es escocés -dijo maliciosamente.

-Señor -dijo Boswell espantado a Johnson-, es verdad que soy escocés, pero es que no puedo hacer nada en contra.

Johnson consideró por un instante a este hombrecillo.

-Señor -respondió por fin-, ésa es una cosa contra la cual tampoco puede nada un gran número de sus compatriotas.

Luego se instaló en una butaca y se puso de nuevo a hablar, inclinando un poco la cabeza hacia el hombro. Boswell estaba todavía un poco aturdido y mortificado, pero en seguida se reanimó e hizo esfuerzos por brillar. Un segundo soñío le probó otra vez.

-¿Qué piensa Ud. de Garrick? -preguntó Johnson a Davies-. No quiere darme una entrada para miss Williams, porque sabe que la sala estará llena y que esa entrada podrá venderse a tres chelines.

-Oh, señor mío -exclamó Boswell-, me resulta difícil creer que Garrick rehuse hacerle este pequeño favor.

-Señor -replicó Johnson volviéndose hacia Boswell y con un tono severo-, conozco a Garrick mejor que Ud.

Entonces Boswell se calló y se puso a contemplar a Johnson. De modo que ante sí tenía al gran Samuel Johnson del que todo el mundo hablaba. Y todo lo que le habían enseñado tocante a este hombre le volvió a la memoria. Johnson tenía más de cincuenta años. Había nacido enfermo y pobre. Luchando contra una mala salud y un natural perezoso, se había instruido por sí mismo, y se había puesto a escribir ya impregnado de literatura clásica.

Entre otras cosas había hecho un largo poema satírico sobre Londres al gusto de Juvenal; el éxito fue increíble. Animado por estos comienzos afortunados, se había empeñado en escribir un diccionario de la lengua inglesa, y así lo hizo, por singular y difícil que pudiese parecer tal empresa. Boswell estaba por tanto sentado delante de un hombre que había escrito un diccionario; era esto lo que le impresionaba más que nada. Escribir un libro de versos o de historias imaginarias está al alcance de mucha gente, pero un diccionario...

Sin embargo, el hombre del diccionario, después de haber articulado un gran número de frases bien construidas, se levantó, dijo hasta la vista a su hospitalario amigo y se despidió también de Boswell con un poco más de amabilidad de lo que cabía esperar.

-Le tiene a Ud. simpatía -dijo Davies a Boswell, puede que sin malicia una vez que hubo cerrado la puerta a las espaldas poderosas de Samuel Johnson.

-¿Cree Ud.? -dijo Boswell ansiosamente.

Ocho días más tarde estaba en casa de Johnson.

Virtualmente Boswell nació el día de esta primera visita. Tenía a la sazón veintitrés años, una opinión excelente de sí mismo, y se creía señor de alto copete porque poseía un pedazo de tierra en Escocia. Pequeño y feo, pero cuidadoso de su persona, hacía pensar en un perrito de lanas bien peinado. Por encima de todas las cosas de este mundo amaba las celebridades. Sin mucho éxito se había ya esforzado por pegarse a Rousseau. ¿No había llegado, para interesar a este gran hombre y forzar su confianza, hasta hacerle leer las cartas de su amante? En Johnson reconoció inmediatamente su señor.

Se presentó pues en su casa, en el número 1 de Inner Temple Lane, y le encontró en su cuarto que desde luego la escoba visitaba poco y que en absoluto profanaban las manos de las sirvientas. Johnson tenía sede en medio de una corte de admiradores que le procuraban una especie de audiencia íntima. No había abotonado el cuello de su camisa y les faltaban las hebillas a sus zapatos. Pero hablaba, y su palabra era para Boswell un encantamiento que le sustraía al mundo sensible.

El prodigo se interrumpió un instante, cuando los visitantes se levantaron para marcharse, pero Johnson retuvo a Boswell que preparaba un cumplido y atormentaba su sombrero de tres picos.

-Quédese.

Y sentándose en su gran butaca recubierta de tela de colchón, retomó su discurso.

La conversación de Johnson tenía dos particularidades: la primera era que esta conversación se reducía en general a un monólogo que no siempre gustaba de interrumpir, y la segunda que trataba de todo y se pronunciaba sobre todo de una manera irrevocable. Cuando Johnson había dicho que, próximo el invierno, las golondrinas vuelan en redondo

para aturdirse y se dejan caer al fondo de los ríos donde pasan la estación fría, lo mejor que podía hacerse era no poner en cuestión esta afirmación extraña, y por otra parte pensaba tener un sentimiento contrario. Las estupideces más enormes que salían de la boca de Johnson adoptaban en efecto yo no sé qué acento de veracidad debido sin duda al estilo del orador, a la simetría perfecta de sus frases y a su temible arsenal de palabras cultas con desinencias latinas.

Ese día plugo a Johnson tratar de la locura.

-Aparece con frecuencia en esto, en que desvía inútilmente de los usos de la sociedad. Así mi pobre amigo Smart... y explicó que su pobre amigo Smart se ponía de rodillas en medio de la calle para decir sus oraciones, lo cual era indiscreto y podía precisamente hacer creer que había perdido el sentido; pero, añadía Johnson, si es un efecto de la locura decir sus oraciones en la calle, otro, mucho más lamentable, es no decirlas en absoluto.

También se decía de su amigo Smart que estaba privado de la razón, porque tenía una especie de repugnancia a llevar ropa limpia.

-Y yo le confesaré -decía Johnson, que no sospechaba que sus palabras serían repetidas exactamente-, que tampoco yo tengo pasión por la ropa limpia.

Luego dijo algunas palabras sobre la actitud del común de los hombres respecto del estudio y evacuó la cuestión.

Después examinó con curiosidad si es o no es un pecado lanzar una moneda a la cabeza de un mendigo con la intención de abrirle el cráneo o de herirle de cualquier manera.

Por fin declaró que Garrick era de lo más hábil del mundo en la conversación frívola. En este punto Boswell quiso marcharse. Posiblemente el nombre de Garrick despertaba en él un recuerdo desagradable, pero Johnson le retuvo por segunda vez y prosiguió.

Reveló que se ausentaba de casa desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la mañana.

-¿Pero eso está muy mal, no? -preguntó Boswell aturdidamente.

-En efecto, es una mala costumbre -refunfuñó Johnson sorprendido por la audacia de la pregunta.

Y así siguieron. Durante veinte años, mañana y tarde, tuvieron conversaciones de esta guisa. Por ellas pasaba el universo entero, el físico, el moral y el sobrenatural. Johnson agitaba las cuestiones más diversas y menos congruentes. Auguraba la suerte de las naciones, procedía inapelablemente a clasificar en buenos y malos a todos los seres humanos que había llegado a conocer, reglamentaba los asuntos de la política, de la literatura, de la teología, desplegaba por todos los caminos del pensamiento humano sus largas frases con antítesis ciceronianas. En la lengua de Johnson se da la exasperante regularidad del metrónomo; a Macaulay le enfurecía pero acunaba el alma de un Boswell.

Ayudado por una memoria, de la que es preciso pensar que le fue dada por el cielo para que cumpliese su misión sobre la tierra, Boswell regresaba cada noche a su casa y transcribía los menores propósitos de Johnson. Le seguía por todas partes, sometiéndose de pleno acuerdo a una esclavitud que no nos atreveríamos a infligir a nadie. Cuando Johnson cenaba fuera, le esperaba a la puerta de la casa en que se encontrase para acompañarle hasta la suya en las brumas del alba, y se estimaba recompensado de su esfuerzo si de la boca del gran hombre caían algunas palabras bien ordenadas que pudiese referir en su libro.

Los cambios de humor de Johnson le sorprendían, le aterrorizaban, pero no le desanimaban.

-Sir... -comenzaba Johnson con voz de trueno; y le aplastaba con una frase de las que pesan. Boswell bajaba la cabeza y, al volver a su casa, relataba la escena, aunque a su vanidad le pudiese costar un esfuerzo. Nada hay que replicar a los decretos del cielo, y el cielo le había hecho biógrafo de Samuel Johnson.

Johnson, que no detestaba que se le adorase, recibió amablemente los homenajes de Boswell y terminó por apegarse a él. Cuando entre ellos se estableció una intimidad perfecta, Johnson contó su vida.

Su padre era librero en Lichfield, en Staffordshire y, como la mayor parte de los libreros en aquellos lejanos tiempos, era inteligente y cultivado. Aunque en apariencia de una salud robusta, llevaba una vida desgraciada sin que se pudiese descubrir la causa precisa de su incesante tristeza. No sabiendo qué nombre dar a mal tan misterioso, se acordó atribuirle a una melancolía natural y a un temperamento enfermizo. Samuel Johnson heredó

plenamente esta hipocondría que iba a envenenar su vida entera. A los diez meses, como parecía amenazado de perder la vista a consecuencia de las escrófulas, su madre, desesperada, recurrió a los grandes medios de su tiempo. Una dama, vestida de negro y emperifollada de diamantes, tocó al desgraciado niño con sus augustas manos: era la reina Ana, que no le curó en lo más mínimo.

La juventud de Samuel Johnson transcurrió en una seriedad preocupada. Jugaba muy poco a causa de su escasa vista, que le hacía parecer ridículo a los ojos de sus camaradas, y prefería leer en la tienda de su padre. En seguida adquirió un saber extremo, pero incoherente en sus partes. Los rudimentos dispares que atrapaba le sirvieron de mucho. Su memoria retenía ásperamente todo, y cuando fue presentado en Oxford advirtieron que sabía muchas más cosas de las que se hubiese esperado de un espíritu tan joven.

En Pembroke College leyó mucho griego, mucha metafísica, y atravesó una crisis religiosa que le preservó de mil cosas y le dio, no humildad, pero sí una especie de discreción en la suficiencia, así como el sentimiento oscuro de que el mundo no se acabaría con Samuel Johnson.

Sin embargo, a falta de denarios paternos, tuvo el hijo que abandonar Pembroke antes de haber recibido el pergamino que atestiguase su inteligencia. Cosa que le afligió por encima de lo que pueda creerse. Ya a los cincuenta años, lo reclamó y terminó por obtenerlo.

Regresó pues a Lichfield; al año siguiente murió su padre legándole una veintena de libras. Para ganar su vida y la de su madre, Johnson aceptó un puesto de inspector de estudios en Market-Bosworth, pero, a causa de una diferencia que se alzó entre él y el director del colegio, abandonó dicho lugar por el que conservó siempre un sentimiento de horror. Seguidamente pasó cierto tiempo en casa de un amigo, en Birmingham. Escribía en revistas y se ocupaba de traducciones. Finalmente se casó.

Su mujer se llamaba Lucy Porter y afectuosamente él le daba el nombre de Tetty. Estaba ella de acuerdo en que la primera vez que vio a Johnson, le había encontrado horroroso, demasiado grande, desaliñado y de aspecto enfermizo, pero que se puso a hablar y ya resultaba menos feo. En cuanto a esta mujer, sabemos que muy poca gracia se le encontraba y que tenía justamente el doble de edad que su marido, pero a los ojos de Johnson era bella y no había por qué ser difícil y pedir más. Ella cometió el error de casarse con Johnson por su conversación, sin que contase para nada su natural irascible. Lucy Porter era caprichosa, pero Johnson la cortó el mismo día de su boda. Se dirigían a caballo a la iglesia y ella se quejó de que Johnson iba demasiado aprisa. Aminoró él la marcha; le pasó ella. "Se está Ud. arrastrando", le dijo ella. Entonces él metió las dos espuelas y desapareció al galope. Llegado a la iglesia, este nuevo Petruchio esperó a su prometida que llegó refunfuñando, confusa, y que confesó que era él quien tenía razón. Y Johnson debió a esta firmeza su felicidad conyugal. No hubo más escenas con su mujer, a la que, según parece, amó apasionadamente.

Este mismo año fundó una pequeña escuela cerca de Lichfield al efecto de enseñar el latín y el griego. Vinieron a ella tres alumnos, uno de los cuales se llamaba David Garrick. El aspecto monstruoso de su profesor hacía reír a los alumnos y sus gestos desordenados les llenaban de gozo, pero su mayor distracción consistía en espiar a Samuel Johnson cuando se encontraba en su cuarto en compañía de su querida Tetty, por el ojo de la cerradura, y asistir, cediéndose la vez, a sus tumultuosos retozos. Al decir de Garrick, que la vio con los ojos implacables de la infancia, Mrs. Johnson era bastante obesa; sus pechos se amontonaban desmedidamente y sus mejillas, muy redondas, estaban pintadas de un rojo vivo. Añadiremos que se vestía con gran refuerzo de perifollos y que hablaba con un estilo preciosista y florido.

Semejante fuente de diversión hacía que los alumnos trabajasen poco, y la extravagante institución se vio obligada a cerrar sus puertas. Resolvió Johnson ir a probar fortuna en Londres y, dejando a su mujer en Lichfield, partió con Garrick.

Entre los dos, al llegar a Londres, tenían cuatro cuartos. Garrick fue recogido por un matemático al que había sido recomendado, pero la suerte de Johnson fue menos afortunada. Fue a ver a editores y libreros. Uno de ellos, el librero Wilcox, consideró la

formidable corpulencia de nuestro hombre y se extrañó de que no hiciese de mozo de cuerda.

Sin embargo, Johnson persistió en su designio de llegar a ser célebre y, entre privaciones atroces, se puso a escribir desaforadamente. Esta confianza en sí mismo es uno de los sentimientos más admirables de este hombre que apenas tiene títulos para la gloria que se le ha conferido y cuya fama es una especie de impostura. Poco le impresionaba su propia miseria y afectaba reírse de ella. Se le leía algo en una revista bastante pretenciosa y muy de moda que se llamaba *The Gentleman's Magazine*; parecía que ya se apreciaban sus frases de oración fúnebre con las que tapizaba los pensamientos más comunes.

Cuando juzgó que era momento oportuno, regresó a Lichfield, de donde volvió unos meses más tarde con su esposa.

Y procedió entonces a sitiar a Londres. El director del *Gentleman's Magazine* le nombró su "coadjutor ordinario". Johnson escribió *London*.

London es algo así como una vista transparente de la Roma de Juvenal superpuesta sobre una vista del Londres del siglo XVIII. Se leyó y se citó abundantemente este ejercicio del que todavía pueden recomendarse en los colegios una especie de habilidad escolar y un singular conocimiento de la prosodia. Pope se movió mucho para conocer al autor; puede que hubiese un poco de inquietud en el celo del poeta católico y en la profecía que hizo del porvenir de Johnson: "Es oscuro, pero se le desenterrará bien pronto."

Ya había pasado el tiempo en que, no teniendo donde reposar su cabeza y sin poder dormir a causa del frío, Johnson medía con sus pasos las calles de Londres a la espera del nuevo día. Los libreros llamaban a su puerta y le preguntaban si no tenía algún manuscrito del que consintiese en deshacerse. Daba entonces traducciones, prólogos, prospectos que escribía de un tirón, sin tachaduras, con una facilidad prodigiosa. Un día, en un movimiento de orgullo nacional, se quiso oponer a los trabajos de cuarenta académicos franceses alguna cosa que se les pareciese poco más o menos: hubo que dirigirse a Johnson. Este hombre prolífico puso manos a la obra y engendró un diccionario enorme.

Tuvo para ocho años. Se le daba, en pequeñas sumas, el dinero que precisaba para pagar a los seis empleados que le ayudaban en la parte material de su trabajo y que, todos pobres, dependían enteramente de su generosidad. Cuando por fin apareció el diccionario, las 1.575 libras que se había convenido dar a su autor, habían desaparecido por completo, a pesar de que Johnson había regulado su gasto con mucha prudencia. Su provecho fue nulo; al año siguiente le metieron en la cárcel por deudas, pero Richardson, el autor de *Clarissa*, le sacó de este mal paso.

Johnson había pensado ofrecer su trabajo al hombre más civilizado de toda Inglaterra; no es que él lo desease, pero sus editores veían en una dedicatoria a Chesterfield un útil ornamento, y Johnson, así lo dijo, aceptó por indolencia hacer un prospecto y enviárselo a Chesterfield. Este no prestó atención alguna. Al año siguiente el lexicógrafo resolvió hacer una visita al árbitro del gusto, pero el árbitro del gusto quería que por lo menos se fuese decente y limpiamente vestido, caso que en absoluto era el de Johnson, y Johnson fue bastante mal recibido. Sus maneras no gustaban; le dieron con la puerta en las narices. Siete años más tarde, en las vísperas de la publicación del diccionario, Chesterfield se entretuvo en escribir en los periódicos pequeñas notas irónicas a propósito de la obra esperada. Johnson respondió a este ataque solapado con una carta que desde luego vale por todo lo demás que ha escrito y que no carece ni de destreza, ni de una determinada elocuencia. Todo Londres quiso leer esta amonestación, y lord Chesterfield se las arregló para que todo el mundo la leyese. Encontró satisfacción en alabar el estilo, los recursos, las antítesis. Era la primera vez que alguien se atrevía a hablar tan severamente a un mecenas, y en la carta se vio una declaración de independencia literaria.

Pero si su reputación de hombre de letras se corroboraba, también se hacían más frecuentes las ocasiones de tristeza en la vida de Johnson. Una salud mediocre agravaba su tendencia a la melancolía, y grandes disgustos monetarios ensombrecían el talante de este hombre desgraciado. Además murió su mujer. Johnson la había amado de todo corazón y no parece que la olvidase jamás, puesto que el nombre de Tetty se repite hasta el final de su

vida en sus conversaciones y en los jirones de su diario. Así pues, cogió el anillo que llevaba en su dedo y lo encerró en una pequeña caja que adornó con una inscripción latina: "Eheu! Eliz. Johnson, nupta Jul. 9, 1736, morta, eheu, Mart. 18, 1752." De este modo el gramático exhalaba su dolor; puede hacernos sonreír su forma, si es que tenemos valor de tomar a broma que un poco de pedantería profesional se mezcle a la amargura de un alma escolástica.

Sus dificultades financieras parecieron aumentar a medida que sus obras se hacían famosas. Había fundado un periódico en 1750, luego otro unos años más tarde, pero su provecho era escaso y lo mejor de sus ganancias lo distribuía entre los pobres. Nos parecerá algo ridículo en la nobleza contraída de sus actitudes, que, sin embargo, recomienda el celo de una caridad sin pretensiones que solo conocían las personas sobre las que se ejercía directamente. Un poco después de la muerte de su mujer, Johnson recogía en su casa, porque era pobre y porque estaba enferma, a la hija de uno de sus amigos, a Mrs. Williams. Esta señora, amenazada mucho tiempo con perder la vista, terminó en efecto por quedarse ciega, lo cual agrió su carácter, volviéndola en la ancianidad intolerante y malhumorada. Pero Johnson, que no soportaba en nadie movimientos de impaciencia, jamás se quejó, creo, de los propósitos amargos que le hacía esta anciana fastidiosa, y hablaba de ella con mucha moderación.

En 1754, apareció el diccionario. Es una obra singular que todavía se encuentra en las universidades. Una oscuridad culta en la elección de las palabras hace que las definiciones resulten con frecuencia más difíciles de comprender que los términos que debieran ilustrar. Y así una *malla* se convierte bajo la pluma de Johnson en una *concatenación* y la *sequedad* en *siccidad*. Algunas veces deja que se deslice un poco de ironía y de amargura. Un lexicógrafo es, según Johnson, un inofensivo mozo de cuerda. El libro gustó tal cual era. Todo el mundo quería tenerlo, y Garrick se encargó de dirigir a Johnson una epístola en verso en la que los valores ingleses quedaban exaltados sin pudor alguno a expensas de Francia.

Pero las glorias nacionales se olvidan aprisa, y Johnson conoció de nuevo días de miseria. Cuando en 1759 murió su madre, la penuria del escritor era tal que ni siquiera tenía con qué subvenir a los gastos del entierro, viéndose forzado a escribir rápidamente un libro para procurarse el dinero necesario. La obra que debemos a estas lúgubres circunstancias es un cuento asiático, moral, que se lee a veces en los colegios y se llama *Rasselas*.

Por fin, alguien habló de él en la corte. Johnson había escalado lentamente una cumbre en la que el rey llegó a advertirle. Era en 1762. Jorge III le concedió una pensión anual de 300 libras. El año siguiente, en el esplendor de esta apoteosis reciente, el pachá de la literatura inglesa conoció a su biógrafo.

Hacia esta época, la vida de Johnson se hizo más feliz. Tenía cincuenta y cuatro años y todo el mundo reconocía en él uno de los primeros espíritus de su tiempo. Sin ser rico, podía finalmente vivir con una cierta comodidad en su casa de Fleet Street.

En ella recibía a sus amigos y a los admiradores cada vez más numerosos que venían a escucharle. A comienzos de 1764, sir Joshua Reynolds fundó un club que más tarde tomaría el nombre de Club Literario y cuyo objeto era reunir a fecha fija a algunos amigos gustosos de la conversación y de las letras. Ni que decir tiene que Johnson fue uno de los primeros a los que Reynolds pidió que formase parte de esta asamblea con Edmund Burke, Goldsmith y algunos otros menos conocidos. Eran diez; una vez por semana se encontraban en la "Cabeza de turco", en Soho, y allí cenaban y se demoraban charlando hasta el alba. Más tarde vinieron Garrick, Thomas Warton, Adam Smith, Fox, Sheridan, Gibbon, Burney, Malone (editor de Boswell) y naturalmente Boswell. Pero cualesquiera que fuesen el nombre y la calidad de las personas presentes, Johnson era quien hablaba y era a Johnson a quien se escuchaba; los otros en cierta manera no servían sino para someterle tesis y proponerle objeciones. Es preciso leer en Boswell la recensión de las sesiones del Club para comprender la voluptuosidad especial que Johnson encontraba en discutir; una facilidad increíble le permitía desplegar todas las pompas de la retórica sobre cualquier tema sin el menor esfuerzo ni la menor preparación. Lo que él decía tenía un aire de cosa definitiva y

parecía que antes que él nada de justo y de profundo había llegado a expresarse. Todos estaban de acuerdo sobre este punto.

Las alabanzas que recibía terminaron por volver a Johnson extraordinariamente intolerante. "Señor mío -le dijo un día a un vecino de mesa al que durante la comida había escuchado con cierta atención-, advierto que es Ud. un vil *wight*". Porque Johnson era *tory* hasta el fondo de su alma. "Señora, dijo en otra ocasión a una mujer que hablaba a la ligera de lo que ignoraba, no diga Ud. más estupideces". Reconozcamos desde luego que no ponía dificultades en confesar que se había equivocado si se le daban pruebas. Una señora le preguntó un día: ¿Por qué ha escrito Ud. que la palabra *pastern* designa la rodilla del caballo?-. "Por ignorancia, señora, por pura ignorancia".

Una sombra había en la felicidad de Johnson, pero se disipó en seguida. Desde que había dejado la Universidad, no soñaba sino en el diploma que hubiese podido tener y que no cesaba de pedir. Por fin se lo dieron, aunque no hubiese hecho los exámenes prescritos, en consideración a sus obras y puede que por cansancio. Su gloria fue entonces completa; pasó a ser el Doctor Johnson.

A partir de este momento su vida se hace más y más monótona. La mayor parte de su tiempo la pasa en su butaca, perorando si no escribe, bebiendo té en compañía de Boswell que no le deja un momento a solas. Sin embargo, en 1767, tiene lugar un gran acontecimiento. Johnson se acordará siempre de él y estará siempre dispuesto a contarlo con todo detalle. Tenía por costumbre ir a visitar algunas veces la biblioteca real, abierta a determinadas personas. Un día, conversando con el rey, el bibliotecario hizo mención de esas visitas que honraban un lugar de por sí honorable, y Su Majestad expresó, por curiosidad literaria, el deseo de hablar al gran escritor. Y así cuando Johnson volvió a la biblioteca, corrieron a advertir al rey que llegó en un vuelo y encontró a Johnson en una profunda meditación. "Señor, murmuró el bibliotecario a su oído, aquí está el rey." Johnson se sobresaltó y se quedó inmóvil. Su Majestad se acercó a él y se puso a hablarle con gran sencillez. Le preguntó por su trabajo, pero Johnson confesó que creía haber dicho todo lo que tenía que decir al mundo y que ahora se consagraría al estudio antes de volver a ponerse a escribir. Su Majestad advirtió entonces que Johnson muy bien podía escribir sin tener que renovar sus ideas por la lectura; su fondo era rico. Johnson emitió la opinión de que su tarea como escritor estaba terminada. "Yo también lo creería -dijo el rey-, si no escribiese Ud. tan bien."

Este cumplido hizo latir con fuerza el corazón del escritor. "Nadie -dijo más tarde-, me ha hecho otro más hermoso; es el cumplido de un rey."

También era una especie de consagración. En adelante nada podía conmoverle profundamente. Se encaminaba hacia la serenidad de los ancianos cuyo corazón se cierra a las voces de este mundo. Aceptaba la muerte de sus amigos más queridos con una resignación que era efecto de una sensibilidad menos viva y de la costumbre de la tristeza. Las cosas de la religión le atraían cada vez más y en sus papeles se han encontrado oraciones redactadas en un estilo un poco pesado, pero que parecen sinceras y fervientes.

Casi toda su vida vivió en Londres, pero hizo dos viajes memorables, uno de los cuales al menos nos ha sido contado detalladamente. En 1773, pasó a realizar un designio que tenía desde hacía largos años. Quería ver las Hébridas. En aquella época, la idea podía parecer extraña. ¿No están las Hébridas en cierto modo al fin del mundo? Nueve años antes, Boswell se encontraba en Ferney y le habló a Voltaire del proyecto de su maestro. Voltaire miró a Boswell como si se hubiese tratado de una expedición al Polo Norte. "¿No insistirá Ud. por todos los medios en hacer ese viaje conmigo?" -preguntó-. "No, señor". "Entonces no veo ninguna objeción."

Johnson dio, por tanto, la vuelta a Escocia acompañado -ni qué decir tiene- por Boswell, y paseó una mirada severa por el país romántico donde acababan de nacer Walter Scott y Wordsworth, donde Burns corría ya, los pies desnudos, entre los brezos. En tres meses vio todo lo que quería ver y regresó a Londres gustosamente, sin concebir que se pudiese ser feliz o incluso vivir en otra parte. Boswell no estaba contento. A más de haber vuelto a ver su tierra natal en compañía de Johnson, traía consigo voluminosas notas de las que sacó un

libro; nada se perdió de las palabras de su Dios y el *Diario de un viaje a las Hébridas* no nos ahorra nada de lo que fue dicho por el autor del diccionario entre los meses de agosto y septiembre del mismo año.

Dos años más tarde, resolvió Johnson hacer un viaje a Francia, esta vez sin Boswell. Visitó París, Versalles y algunas ciudades provincianas, pero nada de lo que observó pudo modificar su triste opinión acerca de los franceses.

"Son gentes groseras, mal educadas e ignorantes, -decía unos años más tarde a Boswell-. Entre ellos, una señora escupe al suelo y frota en seguida el piso con la punta del pie. En Francia he aprendido a amar mi país".

Y a propósito de Rousseau:

"Es un hombre malvado. Firmaría el decreto de su deportación de mejor grado que el de no importa qué bribón de Old Bailey. Sí, me gustaría verle trabajar en las plantaciones."

Boswell:- "¿Le cree Ud. peor que Voltaire?"

Johnson.- "Es difícil decidir qué proporción de iniquidad hay entre ellos."

Tampoco era más suave con los americanos, a los que deseaba ver colgados. Jamás un patriota fue más violento.

Boswell nos ha referido más rasgos todavía de este hombre extravagante, muchas de cuyas manías permanecen sin explicación. Nunca sabremos, por ejemplo, por qué convertía en un deber tocar todos los días un determinado poste de Fleet Street, ni por qué razón acumulaba en el fondo de un armario todas las cáscaras de naranjas que caían en sus manos.

Su última obra, que terminó en 1781, fue una serie de biografías de poetas ingleses, y de todos sus libros es éste el que mejor soporta la lectura.

Temía a la muerte, y pensar que tendría que desaparecer un día ensombrecía toda su vida; cuando se le preguntaba si creía o no creía en las apariciones, no respondía y manifestaba cierto susto; pensaba mucho en estas cosas. El miedo a no estar en el número de los elegidos agravaba el malestar de este hombre escrupuloso y atormentado.

En 1783, un ataque de parálisis le advirtió que su fin estaba próximo. Tenía setenta y cuatro años. Expresó el deseo de ir a Italia, persuadido de que allí se curaría, y hubo agitación a su alrededor para encontrar la suma necesaria, pero todo fue en vano. Tras algunos pequeños viajes a Oxford y a su ciudad natal, regresó a Londres para, en diciembre de 1784, prepararse a morir. Este momento terrible, objeto de una larga y cruel aprensión, le encontró, sin embargo, resuelto y en calma. No cesó hasta el final de exhortar a sus amigos a una mayor piedad. A Reynolds le pidió tres cosas: que le perdonase una deuda de treinta libras contraída con él algún tiempo antes; que leyese la Biblia regularmente; que nunca tocase los pinceles en domingo. A todas las horas del día suplicaba que le leyesen oraciones y obras edificantes. Rechazó las mezclas de opio que querían hacerle tomar para aliviar sus sufrimientos. "Quiero entregar a Dios un alma serena y libre de toda nube", dijo. Quedó satisfecho al saber dónde iban a enterrarle. Su fin fue dulce: las personas que se ocupaban de él no se percataron en seguida de que acababa de morir. Era el trece de diciembre a las siete de la noche.

Inglaterra le lloró como es debido. No había podido ofrecerle el viaje a Italia y le concedió una tumba en Westminster.

Boswell le sobrevivió once años, durante los cuales compuso un libro con la ayuda de sus pequeñas notas sobre Johnson. Este trabajo, bello y melancólico, fue dado al público en 1791; una segunda edición apareció algunos años más tarde; la revisó con cuidado. Luego, en 1795, desapareció, no teniendo nada que esperar de un mundo en el que ya no estaba el doctor.

*

WILLIAM BLAKE, PROFETA

(1757-1827)

Como un demonio escondido en una nube.

William Blake

&&Después de haber hablado de Johnson, resulta bastante difícil hablar de Blake, y estos dos nombres, uno cerca del otro, tienen algo de desconcertante. Si Johnson era un hombre, ¿cómo definir a Blake? El lenguaje es muy pobre y las palabras que nos ofrece han servido a demasiada gente. Por eso estamos tentados de hablar de Blake de una manera simbólica y decir de él que era un demonio o un ángel o una especie de divinidad. Casi creeríamos que no era hombre más que por error, ya que tan poco se parecía al resto de la humanidad.

Como todo verdadero místico, Blake jamás se dejó engañar por lo que es apariencia en este mundo. Un ser se presentaba a él bajo dos aspectos, y él sabía que de los dos el aspecto humano es el menos importante; el importante era el otro, el eterno, el aspecto que dicho ser reviste en el espíritu de su Creador. Por tanto si nos hubiese contado su vida hubiese sin duda empezado por decirnos quién era, no a los ojos de los londinenses ignorantes que vivieron a su alrededor, sino según el conocimiento perfecto que Dios tiene de toda criatura. Y pienso que nos hubiese dado un retrato de sí mismo desnudo, radiante el rostro, el cuerpo bañado por una luz misteriosa. Es muy probable que descuidase las futilidades biográficas que de ordinario se anotan con tanto celo: la fecha de su nacimiento y las casas en que habitara.

Pero si a cualquier costo tuviésemos que hacer el relato de los años que pasó sobre la tierra, convendría mejor al tema la manera larga y generosa de las viejas leyendas: érase una vez un gigante de mirada terrible, con voz de trueno, y se llamaba Blake, William Blake.

Fue un muchachito imaginativo y visionario. En esta época el suburbio londinense le parecía la obra más bella de la Creación, puesto que en ella descubrió los rasgos de un profundo simbolismo; y si, más tarde y por una especie de abjuración, declaró que la Naturaleza era de origen satánico, no es plausible que matase jamás en sí mismo ese amor de la hierba y de las flores que nos dio *El libro de Thel* y *los Cantos de Inocencia*.

De niño vio un árbol cargado de ángeles. Maravillas de este género le parecían normales y las refería con sencillez, ya que en modo alguno se sentía turbado por su comercio con el mundo sobrenatural y porque sus relaciones con los seres invisibles conservaron hasta el fin de su vida una especie de familiaridad ingenua. Otra vez informó a su madre que había visto al profeta Ezequiel sentado en un prado, lo cual le valió un bofetón. En fin, estando un día en su cuarto, pensó morir de terror al ver a Dios asomarse a la ventana.

Nos ha confiado que más tarde jamás leía la Biblia sin que un ángel caído, por lo demás muy culto, viniese ex profeso del Infierno para explicarle el texto santo. Dante y Moisés congeniaban también con Blake, sin que se admirases de ello ni los unos ni el otro. Milton usaba la misma libertad, a veces se hacía inoportuno y había que despedirlo. Las conversaciones entre el poeta muerto y el poeta vivo tomaban a la vez un giro literario y religioso. Milton insistía en que Blake corrigiese ciertos errores teológicos que se habían deslizado en *El Paraíso perdido*. Blake así lo prometía y siempre lo demoraba; por fin declaró con brusquedad que tenía otras cosas que hacer. Era frecuente que se adentrasen en discusiones.

"He visto ayer a Milton -declaraba Blake-. Me ha dicho esto o lo otro. He procurado demostrarle que uno tenía razón. Imposible."

"¿A quién saluda Ud?" -preguntó a Blake un amigo en el curso de un paseo, puesto que nadie había pasado.

"Al apóstol Pablo" -dijo Blake.

"Es fatigoso -confió un día a alguien-, pero Eduardo I interrumpe siempre mis conversaciones con Sir William Wallace."

Cantidad de espíritus anónimos dictaban rapsodias proféticas que no escribía a veces sino muy a su pesar. Así compuso *Jerusalén*. Lo que resulta en él asombroso es menos la selección de sus amigos que la desenvoltura con que les recibía. Nada evocaba en él al convulsivo o al espiritista, y era un hombre jovial que cantaba sus poemas no importa dónde y sobre aires improvisados. Tenía la mirada un poco arisca y con frecuencia se dejaba llevar

por una extremada vehemencia, pero su cólera cedía pronto y estaba siempre sorprendido de que no se le quisiese bien.

Sólo se le conoce un gran amor que duró toda su vida. Comenzó de manera harto particular. En el curso de un paseo con la hija de un jardinero, Blake le confió las penas sentimentales que tenía que padecer. Ella le escuchó en silencio. Luego, conmovida por su malestar, le dijo que lamentaba mucho que no fuese feliz.

"¿De veras? -dijo Blake rápidamente-. Pues bien, os amo."

La muchacha reflexionó unos minutos y respondió por fin reposadamente:

"También yo os amo."

Se llamaba Catherine Boucher y, no sabiendo escribir, firmó con una cruz en el contrato matrimonial. Hacia ella se volvió Blake, en su lecho de muerte, justamente cuando había terminado el extraordinario dibujo en el que se ve a Dios midiendo los cielos con un compás. "Es preciso que dibuje un ángel -le dijo-. Tú has sido mi ángel." Y la dibujó.

Se ha movido en vano la cuestión de si estaba loco o no lo estaba. Los ingleses le llamaban *mad Blake*, pero algunos, para aligerar dicho epíteto, añadían que su locura era una locura transcendente, y si yo entiendo bien el término, equivale éste a un cumplido. Otros han afirmado que su locura no era nada extraordinaria y que, entre otros, llevaba en sí el signo de la manía persecutoria. Nada hay que retener de estas triviales discusiones. En absoluto se conoce la locura y tampoco se sabe a dónde va, y es todopoderosa la razón que domina el universo de Blake, pero una razón de mística que la razón humana no puede juzgar a su medida.

Las excentricidades de Blake son famosas. En general parece que se deben al cuidado por conformarse estrechamente a las reglas de las Escrituras, del Antiguo Testamento sobre todo. De ahí apenas hay un paso a respetar como leyes las costumbres que estos libros refieren, y no es preciso estar loco para hacerlo. Esta manera de interpretar la Biblia le valió los sarcasmos de Inglaterra que difícilmente perdonaba las faltas contra la decencia. Un hombre leal es un hombre decente. Lo que no es decente es infame. Se había visto a Blake sentado en el suelo, desnudo, leyendo a Milton con su mujer, obediente e igualmente desnuda.

"Entre Ud. -le había dicho al visitante azorado-. No somos más que Adán y Eva."

Era indecente. Se le llamó *mad, naked Blake*. ¿Pero no tenía a su favor el testimonio de las Escrituras, la desnudez del Paraíso terrestre? Quizás es que creía que los vestidos tenían un poder maléfico.

El escándalo fue más explosivo cuando anunció que, al modo de Abraham, iba a tomar una segunda esposa; pero Sara, en la especie de Catherine Boucher, protestó con tal firmeza que hubo de renunciar a ello. Y, sin embargo, semejante cosa se había visto en el Pentateuco, no era nueva, no hubiese debido sorprender. Con todo, se inclinó, aunque fuese testarudo, conmovido sin duda por las lágrimas que hacía derramar.

No era grande y sus miembros eran delgados, pero no en balde tenía un padre irlandés. Se peleaba con quien fuese, sin asustarse ante una estatura alta o una voz gruesa. Durante los años de la Revolución Francesa, enarbóló un gorro frigio. Un soldado con uniforme rojo, un dragón, que llegó como por casualidad a su jardín, le llevó violentamente aparte. Era en 1803 y a los sospechosos se les molestaba mucho. Pero Blake no tuvo miedo. Se lanzó sobre el soldado y, cogiéndole por los codos, le empujó hasta la calle.

Su intolerancia todo lo sobrepasaba. Un día que trabajaba en Westminster, un estudiante burlón creyó ingenioso interrumpirle. De un puñetazo, Blake le precipitó desde el andamio en el que los dos estaban. Desde entonces se prohibió a los estudiantes de Westminster que se paseasen por la catedral a las horas en que trabajaban en ella los artistas.

Intelectualmente se parecía a ese personaje bíblico que no tenía ni padre, ni madre, ni genealogía. Era un solitario. En primer lugar, le complacía escribir a la manera del siglo de Isabel, pero ese gusto se le pasó y no quedaron de él muchas señales. Desde su edad más joven se había alimentado de literatura hermética y siempre tuvo inclinación por lo tenebroso y lo sibilino. Para él, Swedenborg era "el más fuerte de todos los hombres", pero supo resistir a la tiranía de esta influencia y siguió fiel a sí mismo hasta el fin de su vida.

Seguía su genio libremente. Nunca se había escrito como Blake una vez que éste hubo encontrado su camino, y seguramente tampoco se había pensado como él. Nadie se ocupó de imitarle y no formó escuela. Tal vez se temía lo ridículo que hubiese sido entregarse al ascendiente de un cerebro tan extraño. Sus escasos lectores se sentían ofendidos por sus asperezas literarias, por sus ideas sobre el amor y sobre la religión, por la perpetua revuelta que bramaba siempre en él contra todos los principios reconocidos. Imaginemos a Jane Austen leyendo los *Proverbios del Infierno*, o a María Edgeworth *El eterno Evangelio*. William Blake escribía cosas indecentes.

Pero, aunque hubiese escrito según el gusto del tiempo, poco hubiera con ello ganado su gloria, ya que usaba de un procedimiento nefasto para publicar sus libros. Los imprimía él mismo según un método que juzgaba superior a cualquier otro y que su hermano muerto le había revelado en una visión. Era un trabajo largo. Nunca se podía tirar más que un pequeño número de ejemplares, y toda corrección tipográfica resultaba poco menos que imposible. Además, era preciso colorear a mano las portadas. El resultado era admirable; sin embargo, si se piensa que de su libro más famoso, los *Cantos de Inocencia y de Experiencia*, no consiguió tirar más que veinte ejemplares, parecerá que más le hubiese valido dirigirse a cualquier editor menos inspirado que él, pero que fuese más de prisa en la brega. Pero los editores no le eran simpáticos y es inexacto que alguna vez les ofreciera manuscritos suyos. El mundo habrá perdido, a causa de esta alta fantasía, numerosos manuscritos que esperaban a que su autor encontrase el tiempo de imprimirllos, y que se extraviaron, siendo algunos hechos pedazos. Si hay que creerle, Blake había escrito "veinte tragedias más largas que *Macbeth* y cinco o seis poemas épicos largos como Homero". Pero todo ello fue "publicado en la eternidad" y el tiempo no llegará a conocerlo. Hace años, el 11 de diciembre de 1923, Pickering y Chatto adquirieron un ejemplar de *Milton*, poema profético de Blake, que Blake había impreso y grabado él mismo. Lo pagaron a treinta y cuatro mil libras. Ni siquiera el poeta hubiese osado predecir una suma semejante. Inútil añadir, pienso yo, que vivió y murió pobre.

El estudio de un borrador de Blake es de lo más curioso. Volvía a tomar sin cesar su texto. Cuando se trataba de un poema en verso, escribía primero una estrofa que era como el núcleo, y el resto del poema no hacía más que desarrollar esta estrofa inicial alrededor de la cual se agrupaban las estrofas complementarias. A veces la primera estrofa, aunque incompleta, servía de punto de partida a muchos poemas. "El tigre", de los *Cantos de Experiencia* ofrece un buen ejemplo de esta arquitectura.

Gracias a estas lentitudes en el trabajo y sobre todo en la publicación, no tuvo Inglaterra que sonrojarse en seguida por las audacias de Blake, puesto que no las conocía; pero las generaciones siguientes se encargaron de ello, y fue preciso esperar a Swinburne, muchos años más tarde, para elevar el altar expiatorio a los manes, sin duda indiferentes, de uno de los más grandes poetas ingleses.

Los *Cantos de Inocencia* se publicaron, si es que así puede decirse, en 1794. Parecería que este libro debiera dirigirse a los niños, y los padres de los jóvenes lectores no hubiesen podido descubrir nada heterodoxo en esos poemas en los que pastaban los corderitos. En cambio, los *Cantos de Experiencia*, publicados al mismo tiempo, destilaban vitriolo. Se leían en ellos terribles invectivas contra los ministros de la religión cristiana y toda clase de citas inconvenientes sobre el amor.

El eterno Evangelio, robusta y escandalosa negación de la religión oficial, fue escrito hacia 1810. En él se decía que Jesús no era humilde, que no era pacífico; se decía además que tampoco era necesariamente casto. A los ojos del autor, nada justificaba en el Evangelio a ese Cristo convencional que predicaba un clero sentimentalizado. Blake tenía del Cristo una concepción particular que necesariamente ponía en contra suya a toda la Inglaterra creyente. Escribía:

*La visión del Cristo que tu ves
es la enemiga más grande de mi visión.
El tuyo tiene una gran nariz ganchuda como tú,*

*el mío tiene una nariz respingona como yo.
Tu Cristo es el amigo de todo el género humano,
el mío habla en parábolas a los ciegos...*

Veía en él a un hombre al que había faltado valor y perseverancia al permitir que le crucificasen. Según él, la tarea del Salvador era continuar en vida y predicando a Dios; la aceptación de la muerte era una debilidad indigna, una necesidad cobarde de reposar antes de haber cumplido por entero su misión. Por lo demás, Blake se daba cuenta de lo que estas singulares ideas tenían de intolerable para el público de su época y terminaba su poema con estos dos melancólicos versos:

*Estoy seguro de este que Jesús no les hará el agosto
ni al inglés, ni al judío.*

Pero la verdadera vocación de Blake es la profecía. Profetizaba en cualquier ocasión; era una costumbre de su espíritu. La ironía ha querido que su obra profética propiamente dicha sea la más inaccesible. Ciertas partes de *Milton* y de *Jerusalén* resultan imposibles de descifrar a no ser que se tenga una buena práctica de la filosofía de Blake; pero como en general repugna el esfuerzo, se desalienta la atención del lector, y así nadie ha tocado esos libros sagrados. Incluso la edición de Oxford, con su selección crítica y parsimoniosa, ofrece no pocas dificultades. He aquí un pasaje sacado de *Milton*. Se llama "La cáscara del mundo":

"La cáscara del mundo es una tierra vasta, cóncava, una sombra inmensa, endurecida por todas las cosas de nuestra tierra, con la dimensión agrandada, deformada hasta el espacio indefinido, en veintisiete cielos y todos sus infiernos, con el caos y la noche antigua y el purgatorio. Es una tierra cavernosa y de complicación laberíntica, con veintisiete pliegos de opacidad, y termina allí donde sube la alondra."

Es admirable esta concepción de dos mundos, uno que contiene al otro. ¿Pero qué es eso de los veintisiete cielos y de los veintisiete pliegos de opacidad? ¿Por qué esa jerga de astrónomo? Seguro que esas cifras tienen un sentido, ya que es inadmisible que Blake tuviese la debilidad de simular profundidad por medio de un galimatías misterioso. Más aún, quizás se trate de una literatura élética. La respuesta está, yo creo, en que el libro más esotérico es interesante en la medida en que represente un aspecto del espíritu humano o, si se quiere, del espíritu humano en relación con el divino. El hombre por mucho que haga no dejará nunca de ser hombre y nada cambiará en ello todo el misticismo del mundo.

Pero por lo que yo llamaría a Blake pequeño profeta es por algo que nos toca mucho más de cerca: quiero decir profeta que se ocupa no del hombre salido del espacio y del tiempo, sino de la suerte trivial y cotidiana de la sociedad.

Blake sentía un odio feroz que se podría comparar con Cerbero, en el sentido de que también era triple y ladraba furiosamente. Odiaba la "iglesia oscurantista". Odiaba al "hombre de sangre". Odiaba el "coche fúnebre del matrimonio". A todo ello lo llamaba antigua maldición, carga de error que pesa sobre el género humano.

En primer lugar no gustaba de una religión natural y por Rousseau tenía horror. La naturaleza le parecía por lo menos sospechosa y, en todo caso, incapaz de ayudar al hombre a actuar su salvación. "¿Qué hay entre tú y yo?", le preguntaba; y se volvía hacia la religión revelada por la Biblia, revelada sobre todo a William Blake. La quería fuertemente dosificada de teología, pero sin "el sacerdote atando con espinas las alegrías y los deseos del hombre", puesto que encontraba odioso que se procurase entorpecer la energía humana, haciéndola seguir las vías artificiales de la abstinencia. Nadie como Blake ha acariciado sus deseos. La vida del hombre es santa, decía, y es preciso que crezca y se dilate. Como además es absolutamente inestimable, la guerra no es más que un sacrilegio sin nombre al mismo tiempo que una dilapidación monstruosa. "El gemido del soldado desgraciado sangra sobre los muros de los palacios", escribía en 1794. Por otro lado, si la vida encuentra en el amor su expresión perfecta, el amor no debe sufrir constreñimiento alguno, no debe ocultarse:

¿Siembra de noche el sembrador?

¿Trabaja el que trabaja en lo oscuro?

Tal era la alarmante profusión de fe de William Blake. Y, sin embargo, este hombre tan extravagantemente exagerado en sus opiniones, este mismo Blake tenía a veces accesos de dulzura bastante inesperados; se ponía entonces el caramillo en la boca y sacaba de él aires ingenuos; tenía el temperamento del parisino que suspira por la campiña de Argenteuil.

El arte de Blake forma el poderoso comentario a su obra escrita que puede que sea el único comentario que valga. Está uno muy tentado de creer que los místicos carecen de claridad intelectual y que toman con facilidad una cosa por otra. Este error se debe sin duda al simbolismo que utilizan y cae por su peso por poco que se quiera leer atentamente los escritos de los santos que tratan de visiones; porque si se sirven de símbolos, hay que advertir que una vez operada la transposición del mundo tangible al mundo simbólico, jamás mezclan las imágenes y guardan siempre las proporciones que hayan escogido. ¿Por qué? Porque esas imágenes son para ellos la representación exacta de la verdad que contemplan. De hecho nadie es más preciso que un místico y el místico no es un soñador.

El arte de Blake aporía a esta idea el apoyo de una prueba nueva. A veces es malo, contrahecho, difícil de apreciar, pero nunca es oscuro o confuso. A una línea trazada por Blake se la sigue, sin que el ojo dude un segundo, desde el origen hasta su término. Continúa sin debilitarse ni perderse, con una especie de infalibilidad.

Esta nitidez de visión es lo esencial en el dibujo de Blake. Cada objeto se aísla a sus ojos por medio de unos perfiles cortantes y acerados, sin que jamás la sombra llegue a aportar sus modificaciones dulcificadoras a la "línea dura" que a Blake tanto le gustaba. La sombra en efecto transforma las apariencias de las cosas hasta el punto de alterar el aspecto más elemental que es como la desnudez. Es incompatible con la visión del místico, y no en vano la Iglesia la asimila a la mentira, puesto que deforma para dar nueva forma de una manera artificial. El místico no ama la sombra; ve el mundo en estado de depuración, seco y desnudo bajo los rayos rectos de una luz resplandeciente. Si el místico considera a un hombre, lo ve desnudo, porque el vestido es una especie de mentira. Igualmente penetra todos los sentimientos pasajeros que le agitan y descubre su verdadera naturaleza moral. No busca en este hombre lo que parezca ser, lo que ha sido o lo que será, sino que es siempre en la eternidad. Va más allá de las particularidades accidentales del cuerpo y del espíritu y descubre un ser que no cambia, cualquiera que sea la múltiple y profunda diversidad de las apariencias bajo las que se oculta, un ser que no se llama un hombre, sino el hombre.

Existe un arte que considera las apariencias de los objetos y que trabaja en su réplica tan exacta como posible; pero como las apariencias son de una duración infinitamente restringida, el arte que las representa no puede satisfacer al místico.

Pero es que existe otro, todo intuición y visión segunda, que descuida las apariencias y penetra hasta la esencia de las cosas que considera, y el mundo se le revela como un conjunto de seres y de objetos inmutables bajo el eterno movimiento de las apariencias; es el arte propio de la visión mística: nada cambia a los ojos del Creador, todo cambia a los ojos de los hombres, y el místico ve como ve Dios.

Cuando se trata de Blake, la palabra visión es la que viene a la pluma necesariamente. Sus dibujos hacen pensar en bocetos para un Juicio Final. En ellos se encuentran con frecuencia el terror, la desesperación o una furiosa alegría; son más raros en cambio el reposo o todo lo que participa de un corazón tranquilo. De todas las impresiones que dan, la más poderosa es la del relieve: los planos se precipitan desde el fondo del cuadro, los personajes se destacan y caminan hacia uno; en el ámbito del dibujo nada hay más cercano a la alucinación.

Añadiremos la extraña selección de los temas. Solo son monstruos, ancianos horribles, hombres y mujeres desnudos, con los cabellos erizados, por el espanto; todo ello entre nubes atravesadas por llamas, porque nada hay en Blake en calma, ni el hombre, ni la naturaleza. Una perpetua tormenta forma el fondo de todo lo que representa.

Muchos de los dibujos de Blake estaban destinados a ilustrar sus poemas o toda obra, antigua o moderna, en la que se tratase de la Muerte del Cielo y del Infierno. Puede que los más notables sean los que acompañan el *Libro de Job*. Jamás fue más seguro el arte de

Blake que cuando emprendió traducir en imágenes todo lo que de inquieto y de doloroso hay en el viejo texto bíblico. Quedamos confundidos ante tal dibujo que representa a los ángeles de Dios cantando de gozo entre los astros, o delante de ese otro que nos muestra a Dios hablando desde el seno del huracán a hombres postrados por el terror. Y estamos tentados de preguntar, como aquel personaje de *Jane Eyre*: "¿Quién le ha enseñado a dibujar el viento?"

En fin, Blake nos ha dejado un cierto número de dibujos de los que sabemos que fueron hechos directamente después de visiones. Blake trabajaba en ellos sin prisas y sin fiebre: se le veía dibujar con cuidado, alzando los ojos de tiempo en tiempo hacia un punto en el espacio en el cual los demás no distinguían nada; a veces se interrumpía para decir: "Ah, ya se ha ido", y se ponía a hacer otra cosa de la manera más natural.

Muchos de estos dibujos son espantosos; hacen creer que Blake recibía la visita de los demonios. Uno de ellos es demasiado singular para que no procure ahora dar una idea. Se llama *El Espectro de la Pulga*. En la sombra de una especie de corredor, el espectro se desliza con su constitución enorme y pesada. Su cabeza es minúscula y la lanza hacia adelante con aire de curiosidad. Está sacando la lengua. Su cuello desaparece en sus poderosos hombros, y las vértebras, como una trenza de cabellos, brotan bajo la piel oscura de la nuca y la espalda. Un pequeño puñal, de forma cruel, le brilla entre los dedos de la mano izquierda, mientras que la derecha sostiene un pote destinado a recoger la sangre. Los pies se posan planos sobre el suelo y dan al andar del monstruo algo de irresistible. El conjunto evoca lo solapado y la fuerza en lo que puedan tener de más atroz. Y así es como Blake veía la pulga, tal y como quizá la vea Dios.

De todos modos sería difícil decir qué dibujos de Blake se deben a visiones. Tal vez todos, aunque en diferente medida. Ha visto y dibujado a Eduardo el confesor y el arquitecto de las pirámides. Nada impide creer que haya visto igualmente a Ariel o a José de Arimatea, incluso a los Angeles del Juicio Final tal y como nos los ha representado. Desde entonces la vida de Blake se reviste de una grandeza extraña. Algunos han deplorado la oscuridad en la que vivió hasta su muerte. En efecto, le conocían pocos, ¿y cómo hubiese gustado a un mundo que iba con respecto a él con un retraso de casi un siglo? Sin embargo, pobre y mal apreciado, ¿hay que tenerle lástima? No se tiene lástima de un hombre que ve todos los días ángeles y genios, que les habla, y cuya casa está llena de todo lo que tierra y cielo poseen de más hermoso y de más fuerte. Tendremos lástima de Johnson gastando suela en una calle glacial al no encontrar un rincón en el que posar su cabeza; pero no la tenemos de Blake, por infortunios que tuviese que padecer.

«Me enfadaría tener la gloria terrestre -escribió un día-, ya que toda gloria material adquirida por el hombre disminuye proporcionalmente su gloria espiritual. No quiero nada. Soy muy feliz.»

Nos ha dicho que vino al mundo como un demonio escondido en una nube. "Like a fiend hid in a cloud". *Fiend* es una palabra sajona terrible; significa 'el que odia', es el *Fiend* germánico, es Blake. Odiaba y amaba furiosamente, porque odiaba profundamente. Esta pasión acabó por consumirle. Le conocemos mal, porque no hay trazas de que jamás saliese de su nube, y no resulta fácil comprenderle. Sería preciso adivinarle, como él adivinaba las cosas secretas por medio de una segunda visión a falta de una revelación seráfica.

Le cogió la muerte cantando a pulmón abierto e interrumpiéndose para decir a su mujer: "Querida mía, no son de los míos". Y así es como el cielo llenaba su cuerpo con su presencia y le gritaba al oído los cantos que repetía con su potente voz.

*

CHARLES LAMB

(1775-1834)

Expresé el temor de que si me establecía en Londres, disminuyese el delicioso placer que siento en visitar de cuando en cuando esta ciudad, temor de que acabase por cansarme. Johnson: un hombre, por pocas pretensiones espirituales que tenga, jamás consentirá en alejarse de Londres. No, cuando un hombre está harto de Londres, está harto de la vida, ya que en Londres se encuentra todo lo que la vida puede dar.

Boswell, Vida de Johnson, año 1777.

Ocurre con Charles Lamb como con tantos escritores que él amaba: nunca pasarán el Canal de la Mancha. ¿Se conoce a Izaac Walton y a sir Thomas Browne? ¿Se conoce a Charles Lamb? Es posible que no aporten muchas cosas nuevas: algunas reflexiones, unos pocos ensayos. Sin ambición literaria, el uno médico, empleado el otro y el tercero pescador de caña, ¿acaso han pedido que se recuerden sus nombres? Se sorprenderían de veras al verlos aquí, a más de cien años de distancia, en un libro francés. En Inglaterra, sin embargo, su sitio es seguro y no es probable que les ataña por mucho tiempo el olvido, pero son estas glorias de un culto restringido.

Charles Lamb nació en el corazón de Londres en esa parte de la ciudad en la que "los pobres soldados del Templo de Salomón" se establecieron antaño y donde apenas vivían sino hombres de leyes y escritores. Su padre era el factotum de un abogado rico y generoso, Samuel Salt, que concedía a Lamb y a su familia disfrutar de todo un piso de su gran mansión. Allí creció el niño con vistas al Támesis y a los jardines del Templo. Era tan delgado y de constitución tan delicada que se llegó a perder las esperanzas: nunca se haría robusto; toda su vida fue endeble, pequeño, con las piernas delgaduchas hasta el punto, como decía él mismo, de que parecían "inmateriales", y no se imagina uno que, a los veinte años, en sus trajes de paño negro, tuviese buen aspecto; a pesar de la gracia, del encanto de la cabeza con sus cabellos rizados.

Su hermana le adoró desde los primeros días. Tenía nueve años más que él. Era una jovencita tímida, un poco melancólica, a la que algunas veces preguntaban al advertir su aire absorto: "¿Pero en qué piensas, Mary? ¿Qué pasa en tu pobre cerebro?". Prodigaba a su hermano un amor exclusivo y celoso. Se les veía juntos el día entero, y fueron a la misma escuela, ella con los mayores, él con los pequeños, muy cerca de Crown Office Row donde vivían sus padres. Una anciana señora enseñaba a leer, y se acordaba de haber conocido a Goldsmith, mostrando a veces un ejemplar de *La aldea abandonada* con el que antaño la honrara el autor. Una vez que en el azar de las horas de clase hubo atrapado algunos rudimentos de su lengua, Charles fue iniciado por su hermana en los misterios de la literatura. Desde hacía ya tiempo, Mary había escudriñado y descubierto en la "librería" de Samuel Salt; no hay razón para pensar que fuese rica, pero bastaba a la muchacha, ya que, además de los libros gordos y sin interés que componen la biblioteca de todo hombre de leyes, contenía otros en donde se trataba de brujas quemadas vivas y de cristianos torturados por los papistas, y estos libros precisamente eran los que ejercían un imperio misterioso sobre su espíritu inquieto y soñador. Gustaba de las historias crueles. Faltó tiempo para que hiciese compartir a su joven hermano sus gustos, pero apenas había éste aprendido a reconocer los libros divertidos y los libros aburridos en la biblioteca del abogado, le hicieron entrar en Christ's Hospital. No tenía más de siete años y tuvo, como todos los chiquillos de esta escuela famosa, que ponerse una pequeña sotana azul ajustada en la cintura con un cinturón rojo y sólo lo bastante corta para que pudiesen verse las medias de un amarillo vivo. Así se vestía, y creo que todavía se viste, a los escolares pobres o huérfanos de la ciudad de Londres, y bajo este aspecto ridículo se le presentaban a William Blake, cuando cantaban en San Pablo y excitaban en él amor y piedad, haciéndole reprender a Inglaterra.

En Blue Coat School el régimen era duro. Desde el tiempo de Enrique VIII no había cambiado la disciplina implacable y a los insubordinados se les arrojaba al calabozo. Lamb nos ha contado la historia de un escolar al que marcaron a hierro candente. El jamás tuvo que sufrir malos tratos; se le mimaba por miedo al poderoso Samuel Salt que le cubría con

su protección; por lo demás se hubiese vacilado en castigar a un niño tan endeble: bastaba con mirar sus piernas para darse cuenta de que una bofetada le hubiese arrojado por tierra. La alimentación del colegio se componía principalmente de vaca hervida sin condimentar, y con frecuencia los platos volvían intactos a la cocina para reaparecer al día siguiente con tranquila obstinación; entonces los hambrientos tragaban aquella carne insulsa con un gesto de desagrado. Sólo Charles comía más o menos según su apetito, porque su tía, la vieja Hetty que, tiempo antes, le daba miedo cuando la sorprendía, completamente sola en la penumbra, musitando sus preces, y la creía en conversación con el diablo, esta mujer excelente le traía pasteles en su bolso y ya no le daba miedo, sino vergüenza delante de sus camaradas. Era una persona grave y piadosa que leía sus oraciones en un libro católico romano sin que sus opiniones de buena protestante quedasen por ello afectadas en lo más mínimo, y que amaba a Charles con locura. Sus atenciones, que muy bien hubiesen podido poner en ridículo a su sobrino ante sus camaradas, no parecía que cambiase la actitud de éstos respecto de él. Se le quería; se le llamaba, no Charles, sino Charles Lamb, porque era tranquilo y su nombre le iba muy bien. En seguida trabó amistad, que duraría toda su vida, con un muchacho poco más o menos de su edad, Samuel Taylor Coleridge. De una naturaleza menos feliz que la de Charles, Coleridge lloraba mucho en Christ's Hospital, cosa que sus maestros soportaban mal. "Niño, -le dijo un día James Boyer, uno de los más temidos entre ellos-; niño, la escuela es tu padre. Niño, la escuela es tu madre. Niño, la escuela es tu hermano. La escuela es tu hermana. La escuela es tu primo carnal y tu primo segundo y todos tus otros parientes. Deja por tanto de llorar."

Las clases se daban en una sala inmensa en la que se reunían todos los alumnos bajo la dirección de dos maestros que se encargaban uno de los mayores y otro de los pequeños. Sólo una línea imaginaria separaba la clase de los mayores de la clase de los pequeños, de tal suerte que todo lo que se les decía a unos lo oían otros; y se habría producido sin duda cierta confusión, si uno de los dos maestros no hubiese sido muy silencioso y por completo indiferente a lo que les pasase a sus alumnos. Por fortuna, era el maestro de Charles. Se llamaba Field, y era a la vez, según Charles Lamb, un caballero, un erudito y un cristiano, afortunada mezcla que hacía de él el hombre más dulce de la tierra. Se servía de la palmeta raramente. A veces se ausentaba días enteros y no se enteraba nadie. Sin embargo, sus alumnos se convertían en expertos en el arte de disparar guisantes con tubos de metal, así como en el de recortar en papel relojes de sol. Con frecuencia unos terribles estallidos de voz les llegaban de la otra parte de la sala: era James Boyer, el maestro de los mayores, que tronaba. James Boyer tenía dos pelucas que correspondían a dos estados de ánimo: una limpia y bien empolvada, anunciaba la serenidad y toda la benevolencia de que era capaz este hombre cruel y pedante; otra sucia descolorida, sembraba la consternación en las filas de alumnos, porque no se la ponía más que los días de cólera para azotar a los distraídos; enviaba entonces a alguno para que pidiese a Field sus varas y, cuando se las traían, no dejaba de advertir, con irónica sonrisa, que estaban en excelente estado.

Estos años fueron felices para Charles Lamb. En verano le enviaban a Hertfordshire, en Blakesware, donde su abuela poseía una vieja mansión con siete chimeneas, rodeada por un jardín muy grande. Allí encontraba a su hermana, que le estrechaba entre sus brazos hasta asfixiarle, que hablaba y que jugaba con él ininterrumpidamente.

Se prohibió al muchachito salir al jardín, y por eso se imaginaba que las tranquilas aguas que se divisaban entre los árboles eran las de un gran lago romántico e inexplorado. Más tarde supo, con sorpresa tal vez mezclada de tristeza, que sólo se trataba de un arroyuelo.

La casa le retenía como por arte de encantamiento. Estaba amueblada a la antigua e historiada con tapicerías de temas mitológicos. Se veía también, en una antecámara con piso de mármol, a los doce Césares romanos en medallones, y había en toda la casa un sinnúmero de retratos de familia. Charles no cesaba de maravillarse: todo cuadro, todo mueble le fascinaba como si en cierto modo fuese mágico; por eso el arroyuelo siguió siendo un lago. En 1822, Lamb hizo un viaje a Blakesware con la esperanza de volver a encontrar recuerdos. Buscó en vano las siete chimeneas por encima de los árboles: hacía ya tiempo que su abuela había muerto, y estaban demoliendo su casa.

Tenía Charles quince años y apenas había llegado a conocer los métodos de James Boyer, cuando le retiraron de Christ's Hospital para hacerle entrar en la South Sea House, que era una dependencia de la gran India House. No se sabe de manera precisa lo que pudo hacer allí. Tal vez fue tenedor de libros, aunque según confesión propia jamás entendió gran cosa de aritmética. Por lo demás, sólo tenía conocimientos generales muy vagos e incoherentes, y como muchos en su caso estaba orgulloso de ello. Se jactaba de que nunca llegó a entender la segunda proposición de Euclides y de que en geografía no tenía nociones más precisas que un colegial tras seis meses de escuela. Esta orgullosa ignorancia no impidió que se aceptasen sus servicios, un poco más tarde, en India House, en donde permaneció treinta años. Samuel Salt había obtenido para él esta situación bastante envidiable. Fue el último de los favores del buen hombre que murió en 1792. Charles tenía exactamente diecisiete años.

Muerto Salt, fue preciso mudarse. Comenzó entonces esa larga peregrinación de piso en piso que es uno de los aspectos más odiosos de la vida en la ciudad. Lamb cambió ocho veces de domicilio. Na es mucho para toda una vida, si se piensa en que ahora la media de mudanzas es de cada seis a siete años; no nos establecimos en ningún lado; abandonamos nuestro domicilio precisamente cuando deberíamos acostumbrarnos a él y amarlo. "Los dioses lares tardan en penetrar en una casa", escribía Lamb un día, cuando acababa de instalarse en un nuevo piso. Le gustaba decir que había muerto tantas veces como se había mudado y que en las paredes de las casas que había habitado se encontraría un poco de su carne.

La familia alquiló un piso en el lugar en que hoy se eleva Trinity Church. Las habitaciones no eran grandes, y la hermosa casa de Samuel Salt parecía un sueño. Además la exigüidad del alojamiento aproximaba a personas que no siempre se entendían y hacían tanto más severa la realidad presente.

Mrs. Lamb era una buena mujer de la que con frecuencia se decía que se asemejaba a la famosa Mrs. Siddons; era bastante fría y hablaba poco, pero utilizaba con todo el mundo de una cortesía quizás excesiva. La vieja Hetty, de naturaleza más bien brusca, despreciaba esos finos modales que estimaba hipócritas. Entre las dos cuñadas se producían penosas disensiones. John Lamb se volvía viejo y de difícil convivencia. En cuanto a John, el hijo mayor, había seguido otros caminos, para emplear el eufemismo de Charles; era un muchacho guapo, egoísta y débil, al que habían mimado demasiado y en el cual se fundaba toda la esperanza de la familia. Pero hacía ya tiempo que había abandonado a sus padres para vivir solo, y no aparecía más que para dar buenos consejos. Mary se ocupaba en la costura, añadiendo así lo que podía a las cien libras que aproximadamente ganaba Charles al año. Aunque no estuviese lejos de la treintena, no había cambiado mucho desde los tiempos en que explicara a su joven hermano las tapicerías de Blakeware: era pálida, con una mirada plácida y un poco triste, pero más fuerte y más viril de aspecto que Charles.

Tales eran las circunstancias en que vivían los Lamb cuando Charles, en enero de 1796, tuvo que ausentarse durante un mes. Al final de este período escribió a su amigo Coleridge una carta memorable. He aquí algunas frases: "Ultimamente mi vida ha cambiado un poco. Las seis semanas que han terminado el año último y comenzado éste, las ha pasado este servidor en el asilo de locos de Hoxton. Ahora me he vuelto más razonable y ya no muerdo a nadie". Se repuso por completo y no sufrió más ataques de este género, pero le esperaba otra prueba.

El 26 de septiembre del mismo año, Mary fue también presa de locura; todo llegó muy súbitamente: en primer lugar intentó matar a una niña que la ayudaba en sus trabajos de costura, y la persiguió con un cuchillo en la mano; pero la chiquilla se escapó y fue Mrs. Lamb la que recibió el golpe en pleno corazón. La vista de la sangre puso furiosa a la desgraciada demente que se lanzó sobre su padre y le hirió en la frente; le hubiese matado igualmente, de no haber intervenido Charles. Por fin la dominaron y la enviaron, a su vez, a Hoxton.

Charles se sumió en un abatimiento que no le privó de sus facultades, como pudo temerse, ni de su ánimo. Mrs. Lamb fue enterrada y se planteó la cuestión de qué hacer con su hija.

No faltaron los consejos. El hermano de Charles estimó razonable que se la internase en Hoxton por el resto de sus días. "Piensa sobre todo en tu comodidad", le decía a Charles. Pero Charles se indignó. Puesto que la ley no permitía dejar vivir a una mujer reconocida como irresponsable y peligrosa, sería él mismo quien la tomase a su cargo. Pareció tan decidido que todos cedieron.

Además, Mary iba ya mejor. Había recobrado el uso de sus facultades y se daba cuenta de que, en el drama que había ensangrentado su casa, ella no había sido otra cosa que el "instrumento inconsciente de la justicia divina", justicia terrible e impenetrable. Estaba, pues, en calma y su dolor era sereno. En el asilo repetía, con una resignación tan emocionante como una desesperación violenta, que acabaría sin duda sus días entre los locos; pero no estuvo mucho tiempo en Hoxton. La enviaron a Islington. Pedía sin cesar que le hiciesen llegar libros.

Sin embargo, el piso de Little Queen Street se hizo odioso a sus inquilinos. Amigos de la familia acogieron a la vieja tía de Charles. Este mismo y su padre fueron a instalarse a Pentoville, en Londres y, mal que bien, recomendó su existencia.

Con una asiduidad taciturna reanudó el trabajo en su oficina de India House. En esta época, India House desempeñaba un papel de extrema importancia; por su medio afluían a las Islas Británicas los recursos de Oriente; sin ella, hubiese quebrado la nación. Estaba llena de recuerdos y todavía resonaban en ella los nombres de Clive y de Warren Hastings. Era un edificio enorme en estilo griego con un pórtico de columnas jónicas y un frontón triangular rematado por figuras con casco y escudo. Los curiosos sabían que en el sótano de este plácido y magnífico edificio se veían cadenas de un grosor como para echarse a temblar, escaleras secretas, poternas por donde se introducía, para enviarlos en seguida a las Indias, a los desgraciados reclutados en los barrios pobres de la ciudad. Encima de esos espantosos calabozos trabajaba, fastidiado o sereno, pero ignorante de los terrores que se agitaban bajo sus pies, el empleado Charles Lamb.

El año 1797 no fue para él afortunado. "Uno muere muchas veces antes de morir", escribía más tarde, y esta frase se verificó en él con extraordinario rigor. Hay algo que casi hace sonreír en la serie de desgracias que se abatían sobre Lamb; se diría que agotan las fuentes de la compasión y que rayan en una especie de comicidad lúgubre. La vieja Hetty había vuelto a vivir con su sobrino pero, apenas la instalaron en Pentoville, murió. Mary también había regresado y, después de tantas tristezas, la vida se anunciaba mejor, cuando un día se sintió menos bien; temió ser otra vez presa de una crisis y, llorando, pidió a su hermano que la condujese de nuevo al asilo. Y en él se quedó un mes.

John Lamb se repuso en seguida de su herida, pero sus facultades disminuían progresivamente. Vagaba por la casa de la mañana a la noche, desocupado no sabiendo qué hacer de su tiempo, espiando el regreso de su hijo para jugar con él a las cartas. Estas partidas abrumaban a Charles, que volvía a casa roto de fatiga y aburrimiento, y que no aspiraba sino a cenar en paz, a cenar solo, y a acostarse.

«Si no quieres jugar a las cartas conmigo, preguntaba su padre, ¿por qué vuelves a casa?» Entonces Charles, sin responder, barajaba. La muerte le liberó de esta tiranía. John Lamb murió el año siguiente.

En 1800, Lamb tuvo que mudarse de nuevo. Su casero no quería en su casa asesinos y locos, y los Lamb, Charles y Mary, estaban estigmatizados.

"Mary llegará a estar mejor -escribía Lamb-, pero siempre quedará sometida a estas recaídas, lo cual es horrible. No es el menor de nuestros males que se conozca nuestra historia en el vecindario. En cierto modo estamos "marcados"... Soy un completo náufrago. Me duele la cabeza. Casi desearía ver a Mary muerta..."

Un amigo de colegio les ofreció hospitalidad en su casa, en Chancery Lane.

Es indispensable una lectura de la correspondencia de Lamb, si se quiere conocer al hombre, y en Charles Lamb es el hombre lo más interesante. Sus cartas se dirigen en su mayor número a Coleridge, muchas también a Wordsworth y a Hazlitt; es decir, a tres de las personas más notables de su época. Les escribe como a sus iguales, con la mayor sencillez,

sin falsa vergüenza. Cuando ellos le envían sus obras, les dice lo que piensa de ellas, sin andarse con miramientos frente a su amor propio. Siempre se podía contar con Lamb en cuanto a su franca opinión, que ningún temor cortés suavizaría si es que era severa, ya que estimaba su opinión como otros estiman sus bienes. "Las opiniones son una forma de la propiedad", decía. Poseía en altísimo grado el sentido de la belleza literaria y casi siempre hacía inclinarse la balanza del lado de la crítica. Muchas veces acusó a Coleridge de escribir galimatías, y Coleridge no dejó por ello de someterle sus versos, puesto que comprendió el valor de un juicio como el de Lamb. Con Wordsworth fue Lamb un poco más tímido; le conocía menos, pero estuvo firme y se burló con dulzura de los defectos del poeta.

Es a él a quien es preciso venir en las dificultades. Nadie es más caritativo. Si se trata de alguien que busca en vano una situación o de un autor que no llega a que le publiquen, no descansa hasta haber remediado tales males. No tiene dinero y los editores apenas le conocen, pero sí tiene amigos a los que escribe, a los que hostiga hasta que obtiene lo que quiere.

Solamente la debilidad moral, y la suya en primer lugar, le impacienta y le desanima. Procuró veinte veces deshacerse del hábito de fumar y de beber; sabe cuánto sufre su hermana por esta causa, y lucha consigo mismo sin tregua, pero su debilidad es más fuerte que sus resoluciones. Le ocurre fumar diez pipas en una velada; atroces dolores de cabeza le castigan por ello y hele aquí incapaz de escribir durante varios días. Los remordimientos le ensombrecen. Sigue entonces un período de abstinencia; la calma vuelve, y con la calma el olvido. Una noche, sentado en su butaca para releer una pieza de Fletcher o algunas páginas de Walton, extiende la mano hacia su pipa y la rellena; el gesto es maquinal. Y pasa horas deliciosas en una nube de humo.

Es igualmente amante de la buena mesa, lanza clamores de gozo cuando Wordsworth o Coleridge le regalan un jamón o un pato. Nadie en toda Inglaterra trincha con mayor placer el pavo de Navidad, nadie lo hace con manos más diestras.

Pero tiene otra pasión, de orden espiritual, que domina su vida entera. Ama los libros, por supuesto los libros viejos, porque ¿verdad que, después de 1670, apenas cuenta lo que se ha escrito? Frecuenta a los libreros, espía sus compras. A veces descubre un libro que buscaba desde hacía mucho tiempo, pero desgraciadamente es de un precio caro y Lamb es pobre. Que no quede por eso. Se privará de comer suficientemente algunos días, fumará menos. Y no vivirá durante una semana: cada tarde, al salir de la oficina, volará hasta su librero. ¿Está allí todavía el libro? Alabado sea Dios. Está en su sitio. Por fin lo compra y se lo lleva a casa como un botín. La vida es buena.

Sin embargo, pidámosle que nos muestre sus libros. Desde luego que no se hará de rogar. Nos conduce al cuarto donde trabaja. ¿Y ésta es entonces la famosa biblioteca de la que está tan orgulloso, estos son los libros que pone por encima de todo lo que posee en este mundo? Pero... si están sucios, destrozados; les faltan las tapas, y tachaduras de todas clases, dobleces, señales desfiguran las páginas. Lamb se ríe.

"Es mi regimiento en jirones" -dice.

Y Mary se acerca a su vez.

"Es su pan cotidiano" -añade.

"Pero, ¿cómo se las arregla Ud.? -pregunta el visitante. Ni un volumen tiene su etiqueta.

"¿Cómo? -dice Lamb-. Como reconoce el pastor a su rebaño."

Y si entre dos páginas advertimos granos de tabaco:

"Esté Ud. seguro de que el pasaje es bueno -dice-; lo he leído frecuentemente."

Está bien donde está. No quiere vivir más que en Londres. ¿Dónde hay libreros como en Londres? En Londres todo le gusta: las calles y sus escaparates, la gente, las campanas, los coches, la animación enorme de esta ciudad negra, y hasta la fealdad del vicio alrededor de Covent Garden, hasta los borrachos y las prostitutas, hasta el barro en el arroyo. Es una pantomima, una mascarada que observa sin cansarse nunca.

Bien distinto era otro paseante que Lamb hubiese podido encontrar en los alrededores de Westminster o a lo largo del Támesis, con la mirada levantada hacia las estrellas o posada sobre la gente con una mezcla de piedad y furor. Este no tiene palabras suficientemente

amargas para hablar de la ciudad, y no soy capaz de impedir que él mismo diga lo que piensa. Tan violento es el contraste entre el Londres de William Blake y el de Charles Lamb:

*Vago a través de todas las calles...
a lo largo del Támesis...
y en cada rostro descubro
señales de debilidad, señales de dolor.*

*En el grito de cada hombre,
en el grito de espanto de los niños,
en cada voz, en cada insulto,
escucho las cadenas que ha forjado el espíritu.*

*El grito de los deshollinadores
consterna las iglesias que ennegrecen,
y el suspiro del desgraciado soldado
chorrea sangrante por las paredes de los palacios.*

*Pero sobre todo, en las calles de medianoche, escucho
la maldición de la joven prostituta
que marchita con sus lágrimas al recién nacido
y que cubre de llagas la carroza fúnebre del matrimonio.*

Blake, sin embargo, no ama los libros como los ama Charles Lamb. No tiene amigos como Coleridge que vengan a fumar con él después de cenar junto a un garrafón de ginebra. Nació con un espíritu de rebelión, es feliz, pero está descontento de muchas cosas. Charles Lamb no tiene ninguna visión, jamás ha visto a Dios, ni a Ezequiel, ni siquiera al fantasma de Albión. La vida no le ha ahorrado ninguna prueba; ha comprendido muy pronto que lo más prudente era resignarse, atemperar su desesperación con pequeñas alegrías y placeres humildes, y eso es lo que hizo. No siempre es feliz, pero no está descontento, y da gracias a Dios por los días de paz que le permite disfrutar.

En la oficina, el tiempo le pesa. Trabaja en ella de diez a cuatro, las horas mejores del día. Echa pestes copiando listas de mercancías: índigo, algodón, café. No piensa más que en el momento en que podrá pasearse por la ciudad y volver a su casa para encontrarse con su libro, hablar con su hermana y sentarse con ella ante una cena buena, bastante buena.

Sin Mary, le parece no existir. Cuando ésta se ve obligada a abandonar la casa para ir al asilo, Charles le pierde el gusto a todas las cosas. Se le escapa la vida, dice, y no es más que un imbécil (carta a Dorothy Wordsworth del 14 de junio de 1805). No se atreve a pensar por miedo a pensar mal; tal es su costumbre de remitirse a ella en cualquier preocupación. Ella es más prudente que él y mejor; compartirá con él la vida y la muerte, el Cielo y el Infierno; no vive más que para él. Es un ángel. Por eso, cuando se percata de que no está bien, cuando por ciertos síntomas adivina que dentro de unos días habrá que escudriñar en el armario para sacar la odiosa camisa de fuerza, es presa del miedo, se hace irritable y precipita con sus brusquedades la crisis que teme. Cae entonces en una terrible desesperación, se acusa de atormentar a su hermana, y casi desearía que estuviese muerta. Y todo ello ocurre por lo menos una vez al año y a veces con mayor frecuencia. La amenaza está siempre ahí y se realiza siempre.

Sin embargo, cuando su vida se vuelve más tranquila, Charles y su hermana reúnen en derredor suyo a amigos en un círculo que se agranda con los años. De vez en cuando venía Coleridge a pasar unos días en su compañía. Era un hombre joven e indolente, escritor sumamente dotado, pero que se empeñaba en tareas enormes a reserva de abandonarlas de golpe, si le faltaba el ánimo. Era presa de terribles accesos de melancolía y estaba entonces persuadido de que iba a morirse. "Adiós, Charles Lamb -escribió un día en un libro que le había prestado su amigo-, no me quedan más que unas semanas de vida." Pero

nunca se moría; estaba obeso, con la cara redonda y el aire desagradable; pero si recitaba sus poemas, se decía que algo de celestial pasaba por sus rasgos. En esta época escribía una traducción de *Wallenstein* y se le veía en el salón de los Lamb, vestido con una bata que le daba aspecto de mago, con su frente preocupada ante libros y papeles.

Su mayor placer era hablar. Con frecuencia iba, con Lamb y con el poeta Southey, a la taberna "Salutation and Cat" y allí se lanzaba, ante un atento auditorio de fumadores y bebedores, a largos monólogos que encantaban a todo el mundo. El propietario de la taberna le ofreció no cobrarle jamás su cerveza, si consentía solamente en hablar así cada vez que viniese.

"¿Me ha oído Ud. predicar alguna vez?" -le preguntó un día Coleridge a Lamb.

"Pero, C. C. Coleridge -respondió Lamb con una sonrisa maliciosa y con la pequeña vacilación que tenía siempre en la voz-, jamás le he escuchado a Ud. hacer otra cosa."

Ya era conocido. Más rico que Lamb, parece que tendría que ser feliz; sin embargo, una perpetua inquietud le impedía gozar de la vida. En ninguna parte se encontraba bien y viajaba mucho, como para evadirse de sí mismo, pero los temores y los fastidios de este hombre complicado viajaban con él por doquier. Tomaba drogas: el lúdano le apaciguaba a veces sin curarle nunca de su desesperación, y arrastraba una existencia desanimada a través de Inglaterra, Alemania e Italia. Antaño fue su ambición fundar una república ideal al borde de un río americano; había incluso encontrado a la mujer que le acompañaría en su misión, pero le faltó el dinero y, más aún que el dinero, la energía. Ahora no quedaba más que el recuerdo amargo de estos proyectos de juventud y un terrible disgusto por la vida.

Para Lamb, toda alma era bella o interesante por algún lado, por fría o difícil o desagradable que pareciese a primera vista. Se trataba simplemente de explorar los corazones con perseverancia y bondad para descubrir esta calidad redentora. "No puedo detestar a una persona a la que haya visto una vez", decía. Y así se explica la extraordinaria mescolanza de caracteres que se encontraban en el hogar de Lamb. Parece como si se hubiera reunido en su casa todo lo que la humanidad ofrece de extravagante, ya que él amaba a la humanidad con un amor sin límites, y no a la humanidad ideal, despojada de sus vicios, como la que Coleridge soñaba, sino la humanidad tal cual es, y la bestia con preferencia al ángel. Un día que Coleridge y Holcroft discutían sobre cómo debiera ser el hombre, les interrumpió Lamb exclamando: "Dadme al hombre tal y como no debiera ser."

A veces recibía la visita de un profesor de matemáticas de Cambridge, Thomas Manning. Hoy no parece que Manning haya sido otra cosa que una especie de genio improductivo, pero a Lamb le deslumbraba. Impasible, taciturno, no abría la boca sino para hablar del Extremo Oriente. China le obsesionaba. Por fin, ya no pudo más. Abandonó Londres y llegó a París, donde aprendió el chino. No era bastante: dejó Francia para ir a vivir en Tartaria, y allí se quedó largos años, a pesar de que Lamb le suplicaba que volviese. "La vida pasa, le escribía. Los amigos morirán, San Pablo se derrumbará y Ud. no me reconocerá cuando regrese." Pero el extraño Manning era sordo a estos gritos.

Las relaciones con Wordsworth eran intermitentes, pero cordiales. Wordsworth tenía un natural pomposo y rara vez sonreía; esperaba que se le admirase y soportaba mal que le contradijesen. Es difícil creer que Lamb y él chanceasen mucho. Existe la pretensión de que un día Lamb le cogió por la nariz, pero la imaginación rehusa concebir cosa tan monstruosa.

Lamb se había ligado igualmente con un hombre joven de Birmingham, Charles Lloyd. Este Lloyd era un personaje de poco valor y quizás no mereciera la pena ocuparse de él si no representase bastante bien una determinada mentalidad de su tiempo. Su padre, un cuáquero, un fanático severo y helado, le había educado según los principios de su moral tan rigurosa que había producido el efecto contrario al que deseaba; en lugar de hacer de él un cuáquero, hizo un romántico. Moroso y bravío, con una tendencia enojosa a la epilepsia, Charles Lloyd parecía destinado a morir de fastidio en un mundo incapaz de comprenderle. Una tristeza interesante se esparcía por su rostro y se comunicaba a todas las personas que se le acercaban. Al hablar con él, surgía la extrañeza de que jamás la vida hubiese podido parecer buena, y se concebía un desprecio inmenso por todo, una desgana general respecto de esta tierra. Luego se dudaba de uno mismo y de los mejores amigos. Porque Lloyd,

confundiéndolo todo, era una mala lengua, y por su causa estuvo Lamb a punto de enfadarse con Coleridge para siempre; pero por fortuna se liberó de la nefasta influencia de Lloyd y, al dejar de verle, recobró en seguida el corazón de su viejo amigo.

Para él, la Revolución estaba representada en la persona de Holcroft que, por sus opiniones liberales, fue metido en la cárcel en 1794. Pere la peste jacobina no hacía temblar a Charles Lamb; lo que sobre todo pedía a sus amigos era que fuesen "humanos" y poco le importaba que tuviesen en política ideas escandalosas.

Del mismo modo, Godwin engrosaba el número de piratas literarios que pululaban en el salón de Lamb; por Godwin llegó Lamb un poco a ese otro mundo tan diferente del suyo, el mundo de Shelley y de Byron.

Godwin había escrito un drama gongoresco del que Lamb compuso el epílogo. La pieza cayó en picado. La acción era lánguida y la tesis, expuesta en circunloquios abstractos, no interesaba al público inglés. Y además, pasaba en ella algo inadmisible: se veía, en efecto, a dos personajes llegar a las manos y ponerse de acuerdo en el momento preciso en que había derecho a esperar un duelo. Es preciso ser de sangre inglesa para comprender lo insopportable que semejante concepción podía resultar. Pero a Godwin no le gustaban los duelos. El fracaso de esta pieza no impidió a Charles Lamb escribir por su cuenta otra entera. La aceptaron, y se representó. Sin embargo, era tal su indigencia que el autor la silbó junto con el público.

Mrs. Godwin iba, sin duda, poco frecuentemente a casa de los Lamb. Charles la llamaba: esa perra de Mrs. Godwin, expresión muy fuerte en lengua inglesa que al parecer, ella había merecido; pero más tarde nos la encontraremos.

Hazlitt es uno de los amigos más célebres, y no de los más amables, de Lamb. Este nunca se vinculó profundamente a este hombre amargo, a pesar de que admirase su obra literaria. Hazlitt había sido por de pronto pintor, pero pintaba tan mal que acabó por descartarse de ello y se puso a escribir. Su intolerancia hacía de él un invitado de diversión difícil. ¿A quién hablaba en casa de los Lamb? A Manning, a Coleridge y, si estaba de humor para soportar juegos de palabras malos y articulados con voz insegura, a su anfitrión.

Más tarde se hizo Lamb amigo de Thomas De Quincey, joven, pero ya casado y opiómano y conocedor de la mitad de los libros de la tierra. Sobre él corrían singulares rumores y se decía que hacía que le trajesen a su casa una prodigiosa cantidad de libros: las bibliotecas no eran lo bastante grandes, las habitaciones se atestaban poco a poco; se andaba sobre poemas, se tropezaba con novelas; en fin, las puertas no podían abrirse y todo, hasta la bañera, estaba lleno de libros. Entonces, De Quincey dejaba ese piso y se iba a otra parte.

Otra figura, aún más curiosa, era la de Thomas Griffith Wainewright. Guapo, cargadas las manos de sortijas valiosísimas, ceñidísimo el talle en chalecos que inquietarían a Brummel, hablaba de arte y de literatura como un prerrafaelista *avant la lettre*. Lamb le llamaba «el buen Wainewright», el del corazón ligero. La manía del buen Wainewright era envenenar a las gentes. Dios sabe a cuántas personas no mató. Se deshizo de su tío, que le había educado; luego, de su suegra. Después, puesto que su cuñada Helen Abercrombie había asegurado su vida en dieciocho mil libras, le hizo comer mermelada en la que había mezclado un veneno indio. Enterrada su víctima, se presentó en las oficinas de la Compañía de Seguros, por lo demás en vena, ya que algo se sospechaba. Furioso, atravesó el Canal y para vengarse de la Compañía, envenenó a un inglés conocido suyo que vivía en Bolonia y se había hecho un seguro en las mismas condiciones que miss Abercrombie. Acto seguido, Wainewright se fue a Bretaña a hacer bocetos. "Sin duda -decía años más tarde en la cárcel- que la muerte de Helen Abercrombie fue atroz, pero tenía unos tobillos tan gruesos!" Terminó en presidio. "Las naturalezas comunes no me bastan en lo más mínimo, escribía Lamb a Wordsworth en 1822. No sé qué hacer con las buenas personas, que así se las llama. Necesito «individuos»."

El tiempo que le dejaban libre sus amigos y la India House, Charles Lamb lo dedicaba a su trabajo, al trabajo para el cual había nacido. Ya no estaba en el primer libro. Había publicado versos, preciso es decirlo, bastante mediocres, y un cuento, *Rosamund Gray*, que hacía las delecias de Shelley. Además se había entregado, con su hermana, a la ingrata tarea de

hacer un libro para niños de las obras de Shakespeare. Escribían juntos, sentados el uno frente al otro, ella sorbiendo, él refunfuñando y protestando de que nunca llevaría a término su tema. Mary se encargaba de las comedias y navegaba entre los escollos de situaciones equívocas con buen genio. Charles procuraba adaptar las tragedias al espíritu de un niño y corregía las faltas de ortografía de su hermana.

Acabado el libro, se buscó a alguien para que lo ilustrase. Debía editararlo Godwin. La terrible Mrs. Godwin, que no quería bien a Lamb y deseaba hacerle daño, impuso a Mulready, artista de su preferencia: diríamos que la misión de esta mujer era atormentar a su prójimo y meterse en todo lo que no era de su incumbencia. Y así es como unos dibujos execrables se deslizaron entre las páginas de los "cuentos de Shakespeare"; algunos, incluso, nada tenían que ver con el texto. Parece que su único mérito es haber sido grabados por un hombre genial que necesitaba dinero, William Blake. Charles y Mary menearon la cabeza al ver las planchas y recomendaron a cada uno de sus amigos las arrancasen de su ejemplar.

De todos modos, esta obra no es muy importante. En el mes de agosto de 1820, un ensayo de un autor, desconocido en South Sea House, se publicó en una revista de Londres que reunía los nombres de Hazlitt, Keats, Thomas de Quincey, Carlyle. El ensayo en cuestión estaba firmado por *Elia*. Tuvo que gustar y sorprender a la vez; ya no se escribía así; esa lengua, tan delicada y tan rica, parecía transmitida directamente desde el tiempo en que Milton componía sus sonetos, y, sin embargo, no tenía trazas de la menor afectación; parecía el idioma natural de un hombre que rehusase conformarse al espíritu de su época y que no se sintiese a sus anchas más que doscientos años atrás.

Elia, bien entendido, era Lamb. "Dejo los versos para otros -escribió un día a Wordsworth- pero en la prosa me entiendo muy bien." Durante cinco años, una vez al mes, se sucedieron los "Ensayos de *Elia*". En ellos, el autor habla de todo lo que de cerca o de lejos le concierne. Aproximadamente se encuentran en ellos todas las personas que conoció, desde sus camaradas en India House hasta una cierta Alice W., de la que Lamb estaba prendado y a la que nunca pudo olvidar. Se empeñó en no omitir nada de lo que puede retener en la atención del lector y fijar en su memoria estas fisionomías múltiples. Y así es como entraron en una especie de gloria bondadosa despreocupadas mujeres leyendo sus preces o jugando a las cartas y oscuros empleados ejercitándose en la flauta. No hay vida en la que se penetre mejor que en la de Charles Lamb, porque él mismo nos conduce y con tales ganas que nos impide no seguirle. Jamás se le ocurre que no podamos interesarnos como él por los vestidos que llevaba su tía abuela o por cómo John Lamb hacía su punch o por las opiniones de su hermana en literatura. Y semejante candor es irresistible.

Además, el nombre de *Elia* era el de un viejo empleado italiano en South Sea House. Un día, Lamb se propuso hacerle una visita, reír con él, explicarle cómo, sin quererlo, se había hecho famoso. Pero en South Sea House se enteró de que el anciano había muerto el año anterior. "Entonces, yo soy el único *Elia*" -escribió Lamb a uno de sus amigos. *Elia* se quedó hasta el fin de su vida, y así es como todavía se le llama en su país; *gentle Elia*, el dulce *Elia*.

La vida de Lamb cambió por completo bruscamente. Mary, cuya salud se volvió aún más delicada, sufría por los ruidos de la calle y por toda esa agitación de la ciudad que era casi la razón de la vida de su hermano. Las visitas la fatigaban, precipitaban sus crisis de demencia. Fue preciso dejar Londres. Se fueron a vivir en una casa en Islington; es decir, tan cerca de Londres como era posible. La soledad y la tranquilidad de esta aldea debieron parecerle a Charles atroces, pero se acomodó a ella por amor a su hermana. Procuró interesarse por la jardinería, aprendió nombres de flores, podó rosales. Pero el interés ficticio de estas novedades desapareció pronto para dar lugar al aburrimiento de los largos domingos vacíos en que nadie viene y donde el ruido de un coche no hace sino ahondar el silencio de la carretera desierta.

Seguía yendo a India House, pero llegó el día en que pudo ocuparse exclusivamente de la literatura. Hacía treinta y tres años que lo esperaba, treinta y tres años durante los cuales había vivido las mejores horas del día, de diez a cuatro, encerrado en una oficina, encaramado en un taburete, llenando gruesos libros de palabras sin interés, tabaco, té,

índigo, algodon. El 10 de abril de 1825 envió su dimisión a la Compañía. Se la aceptaron y, cosa imprevista, le concedieron una renta anual de los dos tercios de sus emolumentos de empleado. Este inesperado favor transportó de felicidad a Lamb. "Vuelvo a casa para siempre, escribió, y es como si de la vida pasase a la eternidad." Podía vivir confortablemente, ir al teatro, comprar los libros que deseaba... Y se aburrió. Una mañana regresó a su oficina y miró con envidia a los cinco escribientes y sus cinco plumas de oca corriendo por los grandes libros. Desde los dieciséis años había estado condenado a pasar todo el día en una especie de prisión y no cesaba de maldecir su suerte. "Ah, gemía, unos pocos años entre la oficina y la tumba. Un hombre llama suyo al tiempo del que puede disponer como quiera. ¿Cuándo entonces voy a tener tiempo para mí?"

Y ahora que tenía ese tiempo, no sabía qué hacer con él. Se veía en India House en trance de escribir a sus amigos apresuradamente, porque tenía miedo de que le molestasen. En la actualidad podía escribirles a su gusto, pero ya no era lo mismo. Antes se divertía imaginando todo lo que haría entre las diez y las cuatro, si estuviese libre: visitas a los libreros, a sus amigos, trabajo, lectura... ¿En qué pensaba ahora? Era libre, pero tenía cincuenta años, su juventud había muerto.

Se diría que de nada le servía el reposo. No andaba bien; accesos de fiebre le hacían sufrir y le impedían trabajar. Mary, que se inquietaba mucho por él, se resentía de estas indisposiciones, caía a su vez enferma.

-¿Cómo estás?, le preguntaba Charles.

-¿Y tú cómo estás?

Y los dos estallaban en sollozos.

A su alrededor morían muchas personas que había conocido. Las gentes, incluso las que no había querido, se convertían en el pobre Fulano y el pobre Mengano. Y, sin embargo, Lamb, pobre Zutano, tú eres el que quedas.

Seguía combatiendo sus costumbres de fumador. "Sin duda que habrá un mundo en el que triunfe de mí mismo." Un día se paseaba con William Hone en Hampstead Heath. Hone tomaba, igual que Lamb, muchísimo rapé. Hablando de este tema, se pusieron de acuerdo en que era indigno tomar tanto, y los dos se exhortaron a liberarse de esta servidumbre y arrojaron entre los arbustos sus cajas de tabaco. Lamb, un poco avergonzado, se fue a buscar la suya en la maleza de Hampstead Heath y, como andaba agachándose, tropezó con alguien en la oscuridad: era Hone que buscaba la caja.

Una nueva amistad consolaba a Lamb de la ausencia de Londres. Había conocido a una niña de diez años que le encantó con su gracia. Se llamaba Emma Isola y, como era huérfana, Charles y Mary se encargaron de su educación. Charles le enseñaba latín, y Mary costura.

Sin embargo, la caída de Islington era sólo relativa. Londres estaba demasiado cerca y era demasiado fácil la tentación de ir a ver a los amigos o de recibirlos en casa. Hubo que romper las últimas amarras; y de Islington se fueron, hermano y hermana, a Enfield, donde no llegaba el rumor de la ciudad. Para Charles era una tumba. Todos sus esfuerzos por encontrarse bien en el campo resultaron inútiles. Agrupaba en vano a su alrededor sus libros y tapizaba con grabados las paredes de su habitación, pero nada le consolaba de no estar en Londres.

Se hacía viejo y estaba solo. Manning había muerto y luego Coleridge. La muerte de Coleridge le parecía un suceso incomprendible. Mucho tiempo después, se interrumpió en medio de una frase para decir en un tono desolado: "Coleridge está muerto."

Emma Isola se había casado; apenas la veía ya.

Con frecuencia, en sus paseos, se dirigía hacia Londres, encontrando una última alegría en la ilusión que se creaba. "Voy a Londres", decía. Un día, se cayó en la carretera y se hizo daño en la cara. Le llevaron a casa, le acostaron, pero no se repuso. En las últimas palabras que pronunció, reconocieron nombres de amigos. Y murió muy apaciblemente.

Su hermana, enferma a la sazón, no se dio cuenta de lo que pasaba, y sólo gradualmente se enteró de su desgracia. Amigos de Charles se la llevaron con ellos. Le dieron una bonita habitación y un salón en el que dispuso los libros de su hermano.

Era una anciana señora amable, pero triste. Se vestía de seda gris y se asemejaba a una cuáquera. Los Hazlitt la recibían con gusto y llenaban las cuatro o cinco cajas de rapé que llevaba con ella, sin decir nada cuando, en su gran pañuelo, cogía los pequeños objetos que le atraían.

Murió a su vez en 1847, once años después que Charles, a pesar de que había prometido morir primero que él.

*

«Charlotte Brontë»

(1816-1855)

«Lector, si crees que te voy a presentar algo novelesco, jamás te has equivocado tan completamente... ¿Esperas un relato apasionado, exaltante, melodramático? Calma, humilla esa esperanza. Ante tus ojos hay algo sólido, fresco, verdadero, algo tan poco novelesco como el lunes por la mañana, cuando todos los que deben trabajar se despiertan con la idea de que va a haber que levantarse y poner manos a la obra.»

SHIRLEY, cap. I.

Haworth, en Yorkshire, es una aldea melancólica situada en una de las provincias más tristes de Inglaterra. Sus casas bajas tienen ese aire retraído y hosco que encontramos en los campesinos de la región; apiñadas alrededor de una iglesia de torre cuadrada, coronan una pequeña colina y dan a esta elevación el aspecto severo de una fortaleza.

El lugar más ingrato de Haworth es desde luego el presbiterio, que no se ha dudado en construir al borde de un numeroso cementerio. Por los dos lados de la casa gris, cae la mirada inevitable sobre las losas furierarias, y los ojos ejercitados de sus habitantes podrían casi leer las inscripciones, tan próximas están de las ventanas.

Hace falta un alma estoica para vivir allí, un espíritu tranquilo que retenga la imaginación y que no se commueve ni por el doblar de las campanas, ni por las lúgubres procesiones que se ven desde las habitaciones. Esta alma fuerte y dueña de sus emociones la había recibido de su padre (y buena falta les hacía), los hijos del reverendo Patrick Brontë.

Patrick Brontë tenía treinta y tres años cuando fue designado pastor de Haworth. Era un irlandés de rostro regular, de estatura elevada y con algo en la mirada y en el porte que daba la impresión de una fuerza indomable. Su mujer era pequeña y delicada, pero valerosa, y se estableció en Haworth sin hacer reclamaciones con sus seis hijos, el mayor de los cuales tenía siete años. La roía una enfermedad cruel; se había dado cuenta de su estado y se resignaba a morir. Apenas llegada a Haworth, tuvo que guardar cama y el resto de su vida vivió en su cuarto del que salió al término de un año. Sus hijos la conocieron mal; no quiso verles con frecuencia, sabiendo que pronto tendría que dejarles.

Una hermana de Patrick Brontë tomó el puesto de su mujer y se encargó de educar a las cinco niñas y al muchachito. Miss Branwell era una solterona energética, llena de prejuicios, pero buena, a pesar de una cierta tosquerad. Era pequeña, se vestía estrafalariamente y llevaba enormes sombreros de capota que dejaban ver sobre su frente una hilera de ricitos castaños. Tomaba rapé con ostentación y con el secreto deseo de escandalizar al vecindario. Había sido criada en una pequeña ciudad de Cornualles en la que la tierra está cargada de flores y de plantas y el cielo clemente permite la vida al aire libre casi todo el año. Cuando vio Haworth, hizo una mueca. Ni un árbol a la vista, inmensas llanuras desnudas alrededor del pueblo y, como refugio, como hogar, una casa en un cementerio. Pero era valiente y entró muy decidida.

Inmediatamente tomó las riendas de la educación de las pequeñas y como para su espíritu, limitado pero honesto, la gran tarea de la vida era coser, les enseñó a coser. Por la noche, cuando Patrick Brontë descansaba de su trabajo, se sentaba a su lado y le leía. Y así pasaba el tiempo, en una actividad monótona.

Siempre que podía, Patrick Brontë indicaba a su hijos las lecciones y se las hacía recitar, pero se aproximaba el día en que este método resultaría insuficiente y surgió la cuestión de si no valdría más enviar a las niñas a la escuela. Precisamente unos eclesiásticos acababan de fundar una en el vecindario, en Cowan Bridge. En ella sólo se admitía a hijas de pastores. Todo lo cual llegaba a punto y Patrick Brontë condujo a esta escuela provisional a sus dos hijas mayores: María, que tenía once años, y Elizabeth, que tenía diez. Dos meses más tarde, llevó también a Charlotte y a Emily, la una de ocho años de edad y la otra de seis. Branwell, el niño, y Anne, la más pequeña, quedaron en casa.

Cowan Bridge está situado muy agradablemente, cerca de un arroyo bonito y bordeando vastas praderas. El aire está perfumado de tomillo y de yerbas silvestres. Parecía que se debía ser feliz en naturaleza tan grata, pero las pequeñas Brontë no supieron más que de aburrimiento, penas y enfermedad.

María y Elizabeth estaban delicadas y padecían un mal que reclamaba cuidados muy atentos; en lugar de lo cual fueron sometidas a un régimen severo que terminó por matarlas a las dos. Se obligaba a las niñas a levantarse con el alba para fortalecerlas. La alimentación era mala; casi todos los días el *porridge* estaba quemado o era, por cualquier otra razón, incomible. En fin, en invierno la escuela estaba tan poco caldeada que se perecía de frío.

María se acomodaba en silencio a esta difícil existencia. Como todos los miembros de su familia, estaba dotada de una fuerza de resignación sin límites; y jamás una queja se escapaba de sus labios. Pero estaba tocada y la vida se le iba. Para aumentar sus padecimientos, era objeto de la malquerencia de una de sus maestras que, sin razón, sospechaba que fingía un aire doliente para atraer la compasión de sus compañeras. Charlotte no olvidó nada de todo esto cuando, más tarde, escribió *Jane Eyre*, y miss Scatcherd queda representada a lo vivo, sin un matiz de piedad, en el carácter de una solterona, cruel y con orejeras, que fuerza a una niña a levantarse de su cama para someterse a sus órdenes. María murió diez meses después de su llegada a Cowan Bridge. Unas semanas más tarde, su muerte fue seguida de la de Elizabeth. Ambas hermanas habían sucumbido a la tuberculosis.

A pesar de estas advertencias, Patrick Brontë no quiso retirar a sus otras dos hijas y fue preciso que una epidemia de paludismo se cebase en cuarenta alumnas de Cowan Bridge para que se sintiese obligado a ello. Charlotte y Emily regresaron a Haworth hacia fines de 1825.

Eran unas niñas tímidas y aplicadas que sólo en casa estaban contentas. De las dos, Charlotte era la más alegre y jugaba y hablaba de buen grado cuando estaba a sus anchas. Emily casi nunca decía nada, pero había en ella algo tan serio y tan atento que no se olvidaba su presencia. En casa volvieron a encontrarse con su hermano Branwell, en el que admiraban un sentido artístico de gran precocidad, y con Anne, que les recordaría, creo, por su dulzura y su seriedad, a María, la hermana que habían perdido.

Miss Branwell tomó entonces de nuevo a cargo su educación en el punto en que la había dejado, y las tres pequeñas volvieron a ponerse a coser. También leían mucho con su hermano, y los cuatro pasaban largas horas discutiendo sobre el mundo en general y en particular sobre política, que se hacían explicar por su padre. Wellington era el gran héroe de Charlotte. Hablaba de él con vehemencia amorosa y los tres pequeños rostros alzados hacia ella la consideraban con la boca abierta, sin quitarle ojo. Pero su actividad no se limitaba a esto y escribía una novela tras otra, frecuentemente sola, a veces con ayuda de su hermano. Un día hizo la lista de sus obras: **La busca de la felicidad, Carácteres de los grandes hombres del tiempo presente**, etc.; y con orgullo añadió al final de la lista: "lo cual hace veintidós volúmenes". Cada volumen tenía de sesenta a cien páginas. Era en 1830. Todavía no tenía catorce años.

A comienzos del año siguiente, se decidió que volvería a la escuela, y Patrick Brontë la confió a los cuidados de miss Wooler, que dirigía una institución a unas veinte leguas de Haworth. Roe Head School es una gran casa de campo de construcción bastante fea, pero bien situada en medio de praderas y de pequeñas cadenas de colinas. El aire es allí puro y el clima más dulce que en Haworth. Charlotte fue feliz. Miss Wooler se interesó por ella desde

los primeros días. En esta pequeña, falta de gracia, adivinó una excepcional fuerza de carácter, una manera de pensar que no era propia ni de su edad ni de su sexo.

Charlotte crecía. Sus rasgos se acentuaban y poco a poco tomaban un aspecto definitivo. Era pequeña, pero no parecía baja. Espesos cabellos castaños enmarcaban su rostro. Su nariz era grande, la boca mal dibujada, pero algo en la mirada de sus ojos castaños le daba una expresión de fuerza espiritual que retenía la atención. Se vestía de una manera que resultaba extraña para las señoritas de Roe Head; sin embargo, ella no lo tomaba en cuenta y llevaba con serenidad los vestidos cuyo patrón había hecho miss Branwell. Lo más frecuente era verla encorvada sobre un libro, casi tocándole con la nariz, porque era muy miope; y si alguien le decía: "Charlotte, levanta esa cabeza", se enderezaba en seguida sin dejar el libro que mantenía a la misma distancia de su rostro, cosa que hacía reír a todo el mundo. Era tímida y nerviosa. Los primeros días de su llegada a Roe Head, se mantenía apartada y lloraba, mirando por la ventana las grandes llanuras cubiertas de nieve que la separaban de Haworth.

Estuvo en Roe Head un año y medio y se apegó mucho a sus camaradas, dos de las cuales al menos conservaron su afecto hasta el fin de su vida. Tampoco olvidó a miss Wooler, que la había instruido y con quien siguió largo tiempo manteniendo correspondencia.

Cuando regresó a Haworth se ocupó sobre todo de la educación de sus hermanas. Les hacía estudiar sus lecciones por la mañana, pero por la tarde era necesario que las tres se pusiesen a coser, ya que los años pasaban, pero las teorías de miss Branwell no cambiaban en absoluto. El resto del tiempo se paseaban por el campo, a través de las praderas de brezos color violeta. O bien leían las novelas de Scott y las revistas que les llegaban con semanas de retraso.

Estaban muy orgullosas de Branwell, que parecía el más dotado de toda la familia. Bien hecho, tenía un rostro agradable a pesar de que el pelo tiraba a rojizo. A la vuelta de Charlotte, apenas tenía más de diecisiete años y ya pasaba, en el pueblo, por una especie de orador. Se le invitaba a hablar en muchas ocasiones, ya que la tosqueda y la brutalidad de los campesinos de Yorkshire no están reñidas con un gran respeto por la inteligencia. Se le veía en todas las comidas de funerales, en las que se necesita a alguien para hacer los brindis y para estimular la alegría general. Si venía a Haworth un forastero al que se quería honrar, se llamaba a Branwell para que le hiciese compañía y le distrajese. Esta pequeña gloria pueblerina agradaba mucho al joven, un poco indolente, un poco fatuo, pero amable.

Cuando cumplió dieciocho años, hubo consejo de familia para decidir sobre su porvenir. Hablaba y escribía bien; además, sabía dibujar. Sus hermanas le instaban a que escogiese una carrera de artista, puesto que la ambición de todas ellas hubiese sido dibujar, pintar; pero les faltaba el talento. No hacía falta mucha insistencia para que Branwell cediese y, por lo demás, sentía prisa por encontrar una ocasión de ir a Londres. Y ésta era una. En julio de 1835 se presentó a la Real Academia.

El mismo año fue enviada Emily a Roe Head School. Charlotte, que tenía cerca de veinte años, pensaba ahora ganar su vida y se puso también en camino hacia Roe Head, no en calidad de alumna como su joven hermana, sino como institutriz. Esta profesión le desagradaba, pero no tenía elección. Patrick Brontë no ganaba lo suficiente para alimentar y educar a su familia y faltaba alguien que viniese en su ayuda. Charlotte no lo dudó. Escribió a miss Wooler que no pedía más que serle útil, y se marchó. Anne se quedó en la casa.

Al principio Charlotte fue feliz en Roe Head. Su vida era monótona y su tarea repugnaba a su carácter, pero cumplía con su deber y torcía su voluntad con una alegría puritana.

Era de constitución débil y su espíritu estaba cada vez más abocado a la melancolía. Esta muchacha, tan valiente y tan firme en cualquier otra ocasión, era presa del miedo en una habitación oscura. Por la noche, se imaginaba que le hablaba una voz. Temía a la muerte de la que tenía imágenes tan crueles y frecuentes en el presbiterio de Haworth. Por otra parte, la vida no le inspiraba ninguna confianza y le bastaba formar un proyecto para dudar inmediatamente de su éxito. Se hubiese sorprendido e irritado mucho a esta protestante, si se le hubiese dicho que hacía pensar en una religiosa católica presa de la "acedia" del claustro, pero era cierto. En Roe Head, sin embargo, se sentía un poco más en calma, porque estaba más ocupada que en Haworth.

Emily, por el contrario, sufría de tal modo por vivir lejos de Haworth que hubo que hacerla regresar al cabo de los tres meses. No se quejaba, pero se debilitaba por días y por fin todos entendieron que abreviaban su vida reteniéndola en Roe Head. Regresó, pues, a la casa paterna, avergonzada a pesar de todo lo que el afecto de sus hermanas sabía decirle para consolarla; y se puso a trabajar con todas sus fuerzas. Se ocupó de la cocina, planchó la ropa de la familia y, puesto que la vieja criada Tabby estaba enferma, Emily tomó su puesto y se encargó ella misma de hacer el pan. De todos modos, no olvidaba sus estudios y se la veía, las manos en la masa, echar de vez en cuando una ojeada a una gramática alemana que había colocado ante sí.

Charlotte regresó a Haworth para pasar las vacaciones de Navidad. Tenía urgencia de volver a ver a su familia; también la tenía por hablar con Emily de proyectos para el porvenir. Las dos hermanas tenían muchas cosas que confiarse y para ello esperaban a que todo el mundo estuviese acostado.

Y entonces cerraban la puerta del salón y conversaban largamente a media voz, caminando arriba y abajo a la luz del fuego y, cuando el fuego se apagaba, en la sombra ya que no encendían la lámpara por ahorrar. Durante una de estas conversaciones decidió Charlotte escribir al poeta laureado de Inglaterra pidiéndole su opinión sobre algunos poemas que había escrito. Emily lo aprobó de todo corazón y al día siguiente la carta, en el mejor estilo romántico, fue enviada a Southey. Charlotte adjuntó sus poemas y esperó luego una respuesta que no vino sino meses más tarde y cuyo sentido era este: "No, no puede Ud. pensar razonablemente en hacer de escribir su profesión."

La muchacha lo pasó mal. Se desvanecían no pocos sueños, pero se armó de valor y envió a Southey una segunda carta agradeciéndole su respuesta. Por el momento renunciaba a sus antiguos proyectos, y se resignaba a no ser más que una maestra de escuela.

Por su lado, Emily se había hecho igualmente maestra, ya que el dinero faltaba en la casa y era preciso encontrarlo al precio de cualquier esfuerzo. Pero esta vida trabajosa terminó por abatirla y después de seis meses tuvo que regresar a Haworth. De repente todo parecía complicarse. Anne había caído enferma, luego la vieja Tabby se había fracturado una pierna y los gastos eran incesantes. Para colmo de males, Branwell había tenido que dejar la Real Academia y estaba ahora sin ocupación y sin recursos.

Charlotte se hundía bajo tantas malas noticias. Estaba entonces tan nerviosa que el menor ruido le hacía gritar. Vino a examinarla un médico y le ordenó volver a su casa. En Haworth recobró sus fuerzas y descansó por un tiempo. Anne iba mejor. Branwell había regresado de Londres con mil proyectos en la cabeza y todo el mundo tenía confianza en él. Parecía que los malos días habían pasado.

Por esta época, un joven eclesiástico del vecindario pidió la mano de Charlotte. Le conocemos los que hemos leído *Jane Eyre* y nos acordamos de Saint John. La muchacha reflexionó y, con la seriedad que la caracterizaba en todo, se preguntó si le amaba hasta tal punto que, llegado el caso, moriría por él. La respuesta fue: no. El matrimonio no la atraía. Apenas amaba otra cosa que el trabajo. Se hubiese dado por entero a la literatura y sobre todo, de haberlo sus ojos permitido, al dibujo; pero su vista se hacía cada vez más miope. Además, estaba obligada a ganar su vida y el permiso que se había fijado tocaba a su fin. Decidió ser institutriz. Era el oficio de las señoritas pobres en aquel tiempo, oficio por el cual no sentía Charlotte vocación alguna, ya que no le gustaban los niños.

Anne, que acababa de cumplir los diecinueve años, resolvió hacer lo mismo, a pesar de que estaba aún menos dotada que su hermana mayor para este género de vida. Era muy tímida y hablaba con dificultad; nada en el mundo, sin embargo, hubiese impedido a una Brontë cumplir con su deber, y por tanto partió. Se fue a vivir con una familia de los alrededores. Emily tuvo a su cargo la casa y se quedó en Haworth con Branwell y con su padre.

Charlotte se convirtió en la institutriz de un muchacho caprichoso al que era preciso educar sin corregirle. Tales eran las órdenes de su madre, Mrs. Sidgwick, que despreciaba a la joven y le hablaba tan duramente que la hacía llorar. La empleaba en coser todo el día; era el cuento de nunca acabar y siempre había gorros de muselina por hacer, ropa que remendar, metros de tela, en los que hacer dobladillo. Cuando llegaron las vacaciones de verano, Charlotte no podía más, y dejó a los Sidgwick.

En agosto estaba ya en Haworth. Y no pasó mucho tiempo sin que un joven vicario irlandés le hiciese a su vez proposiciones de matrimonio. Era divertido y espiritual, pero carecía, según Charlotte, de esa dignidad y esa discreción inglesas que ella tanto estimaba; y la respuesta fue una vez más: *no*.

Se quedó en casa todo el año de 1840, ocupándose sobre todo en escribir una historia de la que renegó en seguida en el prólogo de su primera novela. Al comienzo de 1841 se presentó como institutriz en casa del pastor White, cerca de York. Fue allí más feliz que con los Sidkwick, pero la apremiaban igualmente a enormes trabajos de costura que le fatigaban la vista. Sufría mucho por no poder vivir en su casa: en ningún corazón inglés ha tenido la palabra *home* más fuerza que en el de las Brontë.

En fin, se dio cuenta de que su vida no llevaba a ninguna parte y de que ni siquiera ganaba lo suficiente para ayudar a su padre. Sabía qué desgraciada era Anne por vivir alejada del presbiterio y que estaba demasiado delicada para trabajar como lo hacía. Era absolutamente necesario encontrar algo, una ocupación que las reuniese a las tres: Charlotte, Emily y Anne, y que las reuniese en Haworth, si es que era posible.

Tuvo entonces la idea de fundar una pequeña escuela que dirigiría ella misma con sus hermanas. Escribió a miss Wooler y le expuso su proyecto. Miss Wooler le ofreció su ayuda y el asunto estaba en marcha, cuando Charlotte, que no se estimaba lo bastante instruida, pidió que se le permitiera pasar seis meses al menos en el continente para perfeccionarse en el estudio de la lengua francesa y en el arte de enseñar.

Se convino que iría a Bruselas con Emily. Miss Branwell prestó sus economías y ya no se pensaba más que en el viaje. Las vacaciones de Navidad reunieron a toda la familia antes de la marcha. Anne regresaba para instalarse en Haworth en donde tomaría el puesto de Emily. Branwell, que había terminado por aceptar un puesto de escribiente en una compañía de ferrocarriles, aprovechaba sus vacaciones para despedirse de sus hermanas y volver a ver a sus amigos de taberna. Su ambición literaria estaba olvidada, olvidadas las cartas que escribiera antes a autores famosos pidiéndoles consejo; igualmente olvidadas las novelas que comenzaba y que no acababa nunca. Tenía ahora veintitrés años y, aunque de estatura pequeña, pasaba por guapo. Sus ojos tenían una expresión noble e irradiaban inteligencia, pero la gruesa boca traicionaba una sensualidad potente. Se había vuelto grosero en sus maledicencias y afectaba una manera de hablar que chocaba a sus hermanas. Les había impresionado lo cambiado que estaba, y sin duda le dijeron hasta la vista con una especie de inquietud.

Llegaron a Bruselas en febrero de 1842 y las dos hermanas se presentaron en el internado de Mme. Héger que les había sido indicado en Inglaterra. Para unas jóvenes que jamás habían salido de su provincia natal y que apenas sabían lo que era una ciudad, este viaje a Bruselas constituía un gran acontecimiento, y todo lo nuevo que vieron les impresionó mucho. Por de pronto se sintieron aturdidas y agradablemente sorprendidas, pero se repusieron de su asombro y en seguida volvieron a encontrar toda su seriedad. Se avergonzaron de haberse dejado captar por la belleza de los oficios católicos que vieron celebrar en Santa Gúdula, y echaron de menos la pequeña iglesia de paredes desnudas en la que su padre leía la Escritura.

Ahora sólo tenían una idea en la cabeza: aprender. Poco les importaba que hubiese sonrisas a su paso a causa de sus mangas afaroladas y de sus vestidos demasiado largos; habían venido para cumplir con su deber y se burlaban de lo que pudieran pensar las muchachas belgas, gruesas, perezosas e incapaces. En Mme. y M. Héger encontraron unos buenos profesores. M. Héger no se distinguía ni por modales afables, ni por un carácter paciente, pero era bueno e inteligente, y pareció comprender lo que tenía entre manos, ya que un día dijo de Emily: "Hubiese debido ser un hombre, un gran navegante."

De las dos hermanas, Emily era la más difícil de conocer. Si Charlotte era tímida y no podía hablar sin volver la cabeza, Emily no llegaba jamás a decir una palabra. A nadie abría su corazón y vivía replegada sobre sí misma. No estaba acostumbrada a la sumisión que se esperaba de ella en el internado, pero sacrificó su voluntad sin protestar un solo instante. Charlotte soportaba la prueba del mismo modo y sin duda luchaba consigo misma silenciosamente, igual que su hermana menor. Ambas tenían esa gallardía puritana que se

las tiene tiesas con quien sea, pero que en cualquier momento se quiebra por propia voluntad. En el internado había otra joven inglesa, Laetitia Wheelwright, que se hizo amiga de las Brontë. Charlotte contó más tarde que un día vio a Laetitia mirar a sus compañeras con desprecio, y que a partir de ese momento le dio su afecto.

En el mes de septiembre se enteraron de una noticia que les hizo volver a Inglaterra: Miss Branwell había muerto. Salieron de Bruselas inmediatamente y se reunieron con toda la familia congregada en Haworth. Se abrió el testamento de la solterona y, para sorpresa general, se manifestó que no dejaba ni una libra a su favorito Branwell. Quizás había previsto el uso nefasto que éste hubiese hecho de su dinero. Por eso, Branwell no tuvo nada. Pasadas las Navidades, Charlotte regresó sola a Bruselas. Anne acababa de lograr un puesto de institutriz y Emily, como de costumbre, se quedaría en casa. Esta vez, Charlotte no fue feliz en el internado Héger. Encargaron a la joven de la dirección de una clase, pero había mucha desconfianza hacia la protestante y nadie le hablaba. Procuró distraerse escribiendo a sus amigas, pero estaba preocupada y le pesaba el aburrimiento. En sus paseos solitarios no hacía otra cosa sino pensar en Haworth, en el porvenir de sus hermanas, en su propia vida que discurría en la tristeza. Porque tenía cerca de veintinueve años y seguía haciendo proyectos como a los veinte. Se sentía fuerte y, sin embargo, ¿qué había hecho de su juventud? ¿Dónde estaba la obra de sus manos?

Un solo acontecimiento vino a turbar su monótona existencia, un acontecimiento de muy poca monta, es verdad, y cuya importancia simbólica debió de escapársele a Charlotte Brontë. La reina Victoria, hacia finales de 1843, vino a Bruselas para visitar al rey Leopoldo. Charlotte, la vio pasar en su landó de seis caballos, rodeada de soldados brillantemente vestidos, y le pareció que no había mucha dignidad en esta pequeña y gruesa mujer vivaracha que reía y hablaba mucho. ¿No nos parece que hoy esta escena toma un aspecto diferente? Inglaterra estaba ya marcada en esta época por el sello de la reina. Había una manera de pensar y de vivir que podía llamarse *victoriana*, una preocupación por las conveniencias y por la moralidad que venía de la corte y que poco a poco penetraba en la vida privada de los súbditos británicos. Y en todo el reino hubiese sido difícil encontrar una persona más manifiestamente tallada según el modelo *victoriano* que esta mujer que en el borde de una acera miraba el cortejo a través de sus gafas pensando: "Verdaderamente a nuestra reina le falta dignidad."

En enero de 1844, regresó a Haworth, instruida en el estudio del francés y lanzada a la práctica de la enseñanza. Su primer cuidado fue redactar con sus hermanas prospectos que enviaron a las familias de la región para anunciarles la fundación de una escuela. Dicha escuela debía estar en Haworth y en el presbiterio, pero antes de arreglar el presbiterio, esperaron respuestas, y las respuestas no llegaron. ¿De qué habían servido, pues, los viajes a Bélgica, los proyectos, las negociaciones?

Las semanas pasaban sin aportar cambio alguno a la situación. Charlotte, como era la mayor, sufría más que Emily y que Anne; y se repetía sin cesar: "Tengo casi treinta años y no he hecho nada." Quería vivir, actuar y como decía, tenía que enterrarse en Haworth.

Procuraba estar siempre ocupada. Los cuidados domésticos le exigían buena parte de su tiempo. Además le leía a su padre, cuya vista se debilitaba mucho; pero nunca la abandonaba la inquietud y nada podía distraerla de sus pensamientos.

Una vez que comprendió que el proyecto de fundar una escuela era vano, tuvo por de pronto un impulso de alegría, ya que se sentía incapaz de educar a niños, pero volvió luego a caer en su angustia: el porvenir no prometía nada.

Decidió reanudar la lucha e intentar una vía nueva. Toda suerte de pruebas la esperaban. Branwell había obtenido por fin un puesto de preceptor en la familia de los Robinson, donde precisamente era Anne institutriz, pero la conducta del joven se tornaba singular. Durante las vacaciones permanecía lo menos posible en casa. A veces parecía estar extraordinariamente alegre; en otros momentos se sumergía en una desesperación aterradora: se acusaba entonces de faltas oscuras, hablaba con vehemencia de pecados que no nombraba. Sus hermanas, a las que estos discursos turbaban mucho, ya no le dominaban, cuando de repente decidió partir. Ellas no sabían qué pensar de él y temían su presencia.

Un día del verano de 1845, Patrick Brontë recibió una carta de Mr. Robinson que le anunciaba el despido inmediato de Branwell. ¿Qué había hecho? Mr. Robinson se negaba a decirlo, pero el tono de su carta era el de la mayor indignación. Los Brontë supieron, sin embargo, de qué se trataba. En vano intentaron que nada transpareciese de este triste secreto de familia; la curiosidad moderna lo ha sacado todo a la luz del día. Se han descubierto cartas, un testamento, y la vergüenza del pobre Branwell está expuesta a los ojos de quienes quieran conocerla. Violentamente enamorado de Mrs. Robinson, madre de su pupilo, sedujo a esta mujer veinte años mayor que él. Se descubrió la intriga y, expulsado por Mr. Robinson, Branwell volvió a Haworth.

No pensaba ahora más que en una cosa: olvidar (sin embargo, había conservado las cartas de Mrs. Robinson, que releería en su lecho de muerte) y para olvidar se puso a beber. Luego consiguió procurarse opio. Se tenía cuidado de no darle dinero, pero su vicio le había enseñado la astucia y, de una manera u otra, obtenía siempre drogas y alcohol.

Al contrario de lo que podría creerse, Mrs. Robinson se adaptó con bastante facilidad a la ausencia del joven, pero su marido temía tanto que pensase en casarse con Branwell, en el caso en que las circunstancias la dejases viuda, que le dejó toda su fortuna con la condición expresa de que jamás volvería a casarse. Precaución inútil: Mrs. Robinson se olvidó por completo de Branwell.

La vida, sin embargo, se hacía imposible en el presbiterio de Haworth. Las tres hermanas, abatidas por la vergüenza, escribían a sus amigas que no viniesen a verlas. Evitaban entrar en el cuarto de su hermano, al que lo más frecuente era encontrar borracho y del que temían la violencia y la grosería. Solamente Patrick Brontë hablaba con su hijo, sin conmoverse por su frenesí morboso, ni por las amenazas que profería sin interrupción.

En este período de tristeza hizo Charlotte un descubrimiento que la conmovió y permitió que naciesen en ella nuevas esperanzas. Un día de otoño estaba hojeando libros, cuando se presentaron ante sus ojos unas páginas manuscritas. Eran versos; conocía la letra y los leyó. Una melancolía salvaje alentaba en aquellos poemas; el toque vigoroso, el profundo acento testimoniaban una poderosa inspiración.

Charlotte tuvo un instante de entusiasmo y luego se puso a reflexionar. Era Emily quien había escrito esos poemas; Emily, con la cual había vivido tanto tiempo y que nunca hablaba de sí misma. Sin embargo, Charlotte la conocía; sabía que un alma fuerte y apasionada se escondía en la muchacha silenciosa, y se acordaba de ciertas escenas, de ciertos gestos que había tenido y que traicionaban el fondo de su carácter. Recordó que un día Emily había ofrecido un cuenco de agua a un perro que pasaba por delante del presbiterio; el perro la mordió. Emily entró en seguida en la cocina y allí, sin abrir la boca, sin advertir a nadie de lo que había sucedido, tomó un hierro candente y ella misma lo aplicó a la herida. Otro rasgo se le hacía a Charlotte presente: Keeper, el gran *bulldog* de Emily, tenía la costumbre de tumbarse para dormir sobre la cama de su ama. Nada podía corregirle. Era un perro temible al que nadie se atrevía a pegar, porque no vacilaba en saltar al cuello de cualquier adversario y tenía fuerzas para estrangular a un hombre. Un día, la vieja Tabby vino a advertir a Emily que su perro se había echado otra vez sobre su cama. Emily subió a su cuarto y, tomando por la piel del cuello a la bestia furiosa y rugiente, la arrastró hasta el comienzo de la escalera. Allí, ante Anne y Charlotte que no osaban hablarle por temor a distraer su atención del perro presto a lanzarse sobre ella, la muchacha golpeó al *bulldog* en los morros con su puño cerrado, hasta que éste aturdido y ensangrentado, se dejó caer al suelo. Entonces, Emily le levantó y se puso a curarle.

Y poco a poco se confundieron en la mente de Charlotte estos diferentes aspectos de su hermana. Reconoció en sus poemas esa extraña y casi sobrehumana fuerza de carácter, de la cual había tenido a la vista algunos indicios.

Se fue a buscar a Emily y terminó por persuadirla de que era preciso hacer publicar aquellos poemas. Ella misma había escrito varios que podrían añadirse; constituirían un pequeño volumen cuya suerte sería interesante conocer. Anne, desde que le dieron parte del proyecto, sacó a su vez poemas de su composición. Eran más tiernos y más contenidos que los de Emily, pero la mano que los había trazado tenía firmeza y capacidad. El libro estaba

hecho; faltaba sólo encontrar seudónimos para firmarlo, porque ninguna de las tres Brontë querían que se supiese que escribían: y para ello tenían sus razones. Decidieron llamarse Currer, Ellis y Acton Bell, reteniendo así las iniciales de sus nombres verdaderos, y enviaron a un editor su manuscrito. Este aceptó publicarlo a expensas del autor. En mayo de 1846, apareció el libro sin atraer mucho la atención sobre sus autores; sólo se vendieron dos ejemplares. Pero estaba dado el primer paso.

Ni Patrick Brontë ni Branwell tuvieron la menor sospecha de lo que habían hecho las tres hermanas. Respecto del primero sentían éstas cierta timidez, temiendo, sin duda, que no tomase en serio sus esfuerzos. En lo que a Branwell concernía, era otro el sentimiento que las llevaba a ocultarse de él. Se acordaban de que antes de su caída, había alimentado las mismas ambiciones que ellas. ¿Qué diría ahora, si le mostraban su primer libro a él, que jamás había conseguido publicar una línea? Más valía no reanimar en él el recuerdo de lo que había sido y de lo que hubiese podido ser.

Su estado era cada vez más miserable. Se abandonó toda esperanza de salvarle. A veces, una de las tres hermanas se armaba de valor e iba a hablarle a su cuarto, pero él se encerraba en un silencio malhumorado. Se negaba a trabajar y declaraba frecuentemente que estaba decidido a no hacer nada en toda su vida; su única ocupación era beber. El espantoso cambio que se había operado en él había llegado a afectar su aspecto físico. Parecía viejo y usado.

En este momento las tres hermanas escribían sus primeras novelas. Les inspiraba una tristeza morbosa, sobre todo a las dos más jóvenes, puesto que estaban indefensas frente a las terribles impresiones que su espíritu recibía cada día. Charlotte reaccionaba; por encima de todo estimaba la firmeza en presencia de la desgracia y practicaba la resignación. Pero abramos **Jane Eyre**. ¿Dónde vemos que su autor haya sonreido una sola vez al escribirla, sonreido por la alegría de vivir y por la alegría de producir? Imaginemos lo que podían ser en esta época las largas noches de otoño y de invierno en el presbiterio de Haworth. Cuando las tres hermanas habían terrenado sus trabajos de costura, iban a buscar sus recados de escribir y se instalaban en el salón. Su padre se acostaba pronto. Trabajaban sin que él lo supiese y cada una cumplía con la tarea que se había fijado, pero con cuánta inquietud y cuánta tensión de espíritu. Branwell dormía en el mismo cuarto que su padre y todas las noches amenazaba con matarle. ¡Qué sentido cobraban entonces para las muchachas el menor ruido insólito en la casa, los pasos que escuchaban encima de sus cabezas! ¡Y qué miradas cambiaban entre ellas cuando resonaba en el silencio la voz furiosa de su hermano! Y, sin embargo, trabajaban. Charlotte había terminado su primera novela, **El Profesor**, para la cual su estancia en Bélgica le había proporcionado el tema y los episodios principales, y estaba empezando otra, **Jane Eyre**. Hablaba con frecuencia de este libro con sus hermanas y le discutía con ellas, andando a grandes pasos de un lado a otro del salón. Emily encontraba que era un error convertir en heroína a una muchacha fea, pero Charlotte había meditado su plan y se negaba a modificarlo. Escibía primero borradores, que disponía luego sobre un tablero delante de ellas y los estudiaba largamente antes de comenzar su página. Jamás borraba una palabra; si una expresión no convenía, quedaba suprimida la frase entera. Le ocurría abandonar su labor durante algún tiempo y no reemprenderla hasta que se sentía con humor para escribir.

Mientras terminaba **Jane Eyre**, el manuscrito de **El Profesor** viajaba por Londres y luego volvía invariablemente a Haworth. Nadie lo quería; éste libro admirable parecía soso para el gusto de los editores, y lo es en efecto por razón de un arte que se obstina en la verdad sobria y que teme a la "literatura". Por cinco veces devolvió el correo el paquete envuelto en papel pardo al señor Currer Bell, quien le enviaba entonces a una dirección nueva. En su ignorancia de las costumbres, Charlotte se contentaba con tachar el nombre del último editor que no había querido su libro y escribía encima el nombre del que era su nueva esperanza. Así se veía de un solo golpe de vista a quién había enviado su manuscrito y lo que esta persona había pensado. No era muy hábil, pero esta ingenuidad llega al alma.

Emily y Anne habían sido más afortunadas con sus novelas: **Cumbres borrascosas** y **El inquilino de Wildfell Hall** habían sido aceptadas e iban a publicarse en un solo volumen.

Por fin hubo un editor, Smith, que tuvo a bien encargarse de **El Profesor**. También publicó **Jane Eyre** que Charlotte tenía recién terminada.

De entrada, esta última pasó inadvertida, ya que la crítica desconfiaba de un autor desconocido. Sin embargo, la novela de Charlotte tenía cualidades tan singulares y era tan diferente de lo que se acostumbraba a leer, que acabó por atraer la atención del público y dos meses después todo el mundo la conocía y la discutía. En vano se trató de descubrir al autor y nadie dudaba de que fuese un hombre. Thackeray la había leído de un tirón: su admiración era tal que la segunda edición le fue dedicada. Ahora estaban llenos los periódicos de elogios. El editor de Charlotte envió a Haworth todas las críticas de **Jane Eyre**; casi todas ellas eran favorables. Ante un éxito semejante no pudo más la joven autora y participó a su padre este gran acontecimiento. Se entabló el siguiente diálogo:

-Papá, he escrito un libro.

-¿De veras, hija mía?

-Sí, y quiero que lo leas.

-Temo que no sea muy bueno para mi vista.

-¡Pero si no es un manuscrito. El libro está impreso!

-¡Impreso! ¿Has pensado, Charlotte, en lo que va a costar? Seguramente perderás dinero. ¿Cómo harás para vender tu libro? Nadie te conoce.

-No, papá. No creo que pierda mucho dinero. Deja que te lea lo que dice la crítica.

Y se puso a leer lo que habían escrito sobre su novela. Luego dio **Jane Eyre** a Patrick Brontë y le dejó solo. A la hora de servir el té, el anciano apareció diciendo: "Bueno, hijas mías, ¿sabéis que Charlotte ha escrito un libro y que es mucho mejor de lo que hubiera podido esperarse?"

Una sola persona ignoraba la existencia de **Jane Eyre**: Branwell. Su salud profundamente dañada no resistía ya al régimen de opio y alcohol que le imponía. Crisis violentas le precipitaban al suelo. No había otra cosa que hacer sino desechar el fin de una existencia vana y dolorosa y no irritar los sufrimientos del joven al enterarle de que los éxitos literarios con los que antaño soñara con glorificar el nombre de Brontë por fin se habían conseguido, pero por otras manos y no las suyas.

Las novelas de Emily y de Anne aparecieron algún tiempo después que **Jane Eyre** y obtuvieron una favorable acogida. Un rumor circulaba por Londres y se acreditaba cada vez más. Se pretendía que el mismo escritor, el mismo hombre era el autor de las tres novelas. Se veía en **Cumbres borrascosas** un primer ensayo lleno de promesas de las que en cierto modo **Jane Eyre** era la culminación; y, en efecto, hay en **Jane Eyre** más habilidad, algo más cuidado que el arte un poco montaraz de **Cumbres borrascosas**, pero desde entonces la opinión ha cambiado y muchos son los que no vacilan en poner la novela de Emily por encima de la de su hermana mayor. En cuanto a la novela de Anne, sí que se acerca un poco más al estilo y a la manera de pensar de Charlotte, y por eso el error es más admisible en lo que la concierne.

De este malentendido resultaron no pocas complicaciones. Un editor americano se había reservado de antemano las capillas de la próxima novela de Currer Bell, y los editores ingleses se las habían prometido. Luego apareció **Cumbres borrascosas** y, más tarde, **El inquilino de Wildfeld Hall**, la última novela de Anne. El editor americano, que no había recibido las capillas de estas novelas que, como todo el mundo, creía de Currer Bell, se quejó rápidamente a Smith, Elder and Co., los editores ingleses. Estos escribieron en seguida a las hermanas Brontë. Su carta trastornó a los habitantes del presbiterio. Era absolutamente necesario restablecer los hechos en la verdad y detener el progreso de un error que podía tener consecuencias desagradables. Charlotte y Anne resolvieron ir a Londres y partieron una tarde de julio de 1848.

Cuando Mr. Smith vio entrar en su despacho a las dos mujeres, jóvenes, vestidas de negro y manifiestamente llegadas de provincias, se preguntó quiénes podrían ser. Entonces Charlotte le tendió, con una mano temblorosa por la emoción, su carta, y tuvo lugar el reconocimiento. Pero el editor tardó en reponerse de su sorpresa y tuvo que esforzarse por creer que los autores, que por el momento excitaban la mayor curiosidad en Inglaterra, fuesen estas dos mujeres de Yorkshire que hablaban con voz vacilante y acento irlandés. Sin

embargo, se rindió a la evidencia y quiso divulgar el secreto, si no al público, por lo menos a algunos amigos, y entre esos amigos a Thackeray. Charlotte le detuvo. Se moría de ganas de conocer a los escritores cuyos libros había leído en Haworth, pero se acordó de que su intención al venir a Londres era únicamente disipar un malentendido entre su editor y ella; y por mucho que debió costarle, se resistió a la tentación y rehusó escuchar el consejo de Mr. Smith. Anne hizo lo mismo que su hermana mayor.

Se quedaron unos días en Londres, no en casa de los Smith, que así se lo rogaron, sino en un hotel, porque estas mujeres prudentes temían por encima de todo deber favores. Sólo aceptaron ir a la opera para escuchar **El Barbero de Sevilla**. Se vistieron lo mejor que podían y a la moda de Haworth, con corpiños severamente abrochados hasta el cuello y mangas bien largas. A pesar de todo, Anne parecía bonita; pero Charlotte, nerviosa y agitada, manteniéndose a base de éter, no perdió ni un minuto conciencia de su fealdad y de su aire extraño. Miraron con sorpresa y con un matiz de desdén a esta mujer mal vestida que no decía ni una palabra y cuya presencia se explicaba mal. Poca cosa tenía que decir y, sin embargo, se afanaron a su alrededor, pero ella se callaba decididamente y unos días más tarde se marchó de Londres con Anne, sin que nadie hubiese sospechado un instante haberse reído de **Jane Eyre** en persona. Y reemprendió su vida oculta.

La salud de Branwell empeoraba más y más, y vinieron a Haworth médicos para ocuparse de él. Estaba débil desde comienzos del verano y un día de septiembre tuvo que guardar cama. La víspera todavía se paseaba por el pueblo e incluso en su estado presente no inspiraba grandes inquietudes. Pareció de repente que había vuelto a sentimientos mejores y hablaba con cariño a su padre y a sus hermanas, pero como siempre estuvo sujeto a grandes cambios de ánimo, probablemente nadie prestó atención. Al día siguiente sucumbió, tras una agonía de veinte minutos, arrancado a sus treinta y nueve años a una vida que le prometía tantas cosas y que no le dio ninguna. En un último sobresalto de la característica voluntad de los Brontë, insistió en que se le dejase morir de pie. Y el hombre, cuya fuerza había cedido a todas las tentaciones, recobró la energía necesaria para llevar a cabo este gesto.

La muerte de Branwell inauguró un período de dolor. Charlotte cayó enferma de inmediato, pero se repuso al cabo de una semana. No pasó lo mismo con Emily. La joven parecía muy afectada por la muerte de su hermano y se debilitaba rápidamente. No se quejaba de ningún malestar y no soportaba que se le interrogase al respecto; su respiración, sin embargo, se hacía difícil, y cuando Anne y Charlotte la escuchaban subir a su cuarto, quedaban confundidas de miedo a causa de su paso lento y de la especie de estertor que salía de su pecho. No se atrevían a socorrerla, puesto que sabían que Emily no se lo permitiría, y permanecían, la una junto a la otra, atentas y mudas.

Emily languidecía por días; un rápido cambio se operaba en toda su persona y se había quedado tan blanca y tan delgada que producía extrañeza verla en vida. Agudos dolores la punzaban en los costados y en el lecho, pero se negaba a que la examinasen los médicos, esos médicos envenenadores, como ella les llamaba. Nada reducía su voluntad en este punto, ni las instancias de su padre, ni las lágrimas y las súplicas de sus hermanas.

Los tres procuraron hacer más dulce este fin terrible. Charlotte recorría el campo buscando flores de brezo, que tanto le gustaban a su hermana, pero era diciembre y ya no quedaba ni una. Encontró, sin embargo, una brizna y se la llevó a la moribunda que ni siquiera reconoció el color. El 21 de diciembre, Emily se levantó sin ayuda de nadie, se vistió y se puso a coser. Su respiración era entrecortada y ruidosa; sus ojos se volvían vidriosos, pero no dejó su labor, y una última esperanza agitó el corazón oprimido de Charlotte y de Anne. Al mediodía murmuró: "Si vais a buscar un médico, le veré." Murió a las dos.

La enterraron junto a su madre y sus dos hermanas, Elizabeth y María. Su perro Keeper siguió la comitiva y, durante toda la ceremonia fúnebre, se acurrucó en un rincón de la iglesia; luego volvió a la casa y, echándose ante la puerta de Emily, se puso a aullar.

Anne estaba enferma desde hacía algún tiempo. Se quejaba de dolores en el pecho y los costados, pero se dejaba curar. Toda su vida fue tímida y sumisa ante su hermana mayor y,

aunque ya no estuviese lejos de los veintinueve años, algo en ella hacía pensar en una chiquilla. Le dijeron que guardase cama; así lo hizo, y tomó todos los medicamentos que le ordenaron. No hubo cuidado que no aceptase, consejo que no siguiese. Después de la dura obstinación de Emily, esta conmovedora buena voluntad consoló sin duda un poco a Charlotte en su inquietud. Pero los dolores aumentaban. Se hizo todo por aliviarlos y detener el curso de la terrible enfermedad; sólo se pudo demorar el progreso.

Anne se daba cuenta de su estado y esperaba la muerte resignadamente. Era demasiado buena, sin embargo, para no ensayar todos los remedios que su hermana le proponía, incluso entendiendo que ya no le serían de ninguna utilidad. Pasó el invierno y el mal parecía seguir en el mismo grado. En primavera, Charlotte llegó a creer que su hermana iba mejor y tuvo entonces la idea de ir con ella a la costa, con la esperanza de que el cambio de clima contrariase la enfermedad. Consultados los médicos, se decidió que irían a Scarborough, una pequeña playa de Yorkshire recomendada por la calidad de sus aguas y su agradable situación.

Las dos hermanas salieron de Haworth el 25 de septiembre de 1849. Una amiga, Ellen Nussey, debía esperarlas en Leeds y hacer con ellas el resto del viaje, pero las esperó en vano. Anne fue presa de tal debilidad que Charlotte se vio obligada a llevarla de nuevo al presbiterio; estaba muriéndose.

A pesar de todo no abandonaron el proyecto de viaje. Anne tenía muchas ganas de ver York y de ver el mar, y por nada del mundo se hubiese opuesto Charlotte a este deseo. Safieron otra vez al día siguiente. Anne estaba tranquila y no se quejaba de los sufrimientos que soportaba ahora incesantemente. Se bajaron en York y se hicieron conducir hasta la catedral. Una especie de terrible alegría llenó el corazón de la enferma cuando contempló el edificio, y murmuró: "Si un poder finito ha podido hacer esto, qué no hará..." No acabó su pensamiento y adoró en silencio a su Creador.

El 25 llegaron a Scarborough en compañía de Ellen Nussey. El 26 se pasearon en coche a lo largo de la playa y, como el cochero golpeaba al jumento para hacerle ir más de prisa, Anne tomó ella misma las riendas y condujo. Al día siguiente era domingo y Anne suplicó que se le permitiese ir a la iglesia, pero estaba demasiado débil; anduvo unos pasos por la tarde y luego se tumbó cerca de una ventana que daba al mar y contempló la puesta de sol.

El 28 se levantó y, como Emily, se vistió sola. Hacia las once dijo de repente que sentía un gran cambio y que no tenía mucho tiempo de vida. A toda costa quiso regresar a casa para evitar a Charlotte un lúgubre viaje, pero ya no era tiempo de pensar en tal cosa, y poco después murió tranquilamente, exhortando a su hermana a tener valor. Charlotte decidió enterrarla en Scarborough.

Unos días más tarde regresó a Haworth. En toda la casa reinaba un silencio atroz. Patrick Brontë no salía de su biblioteca y Charlotte se quedaba sola, sola en el salón en el que antes hablaba con sus hermanas andando de un lado a otro de la habitación, sola en los cuartos en los que las tres habían crecido. Procuró dominarse, aceptar su destino sin desmayos, y luego de golpe se quebró, cedió su voluntad ante un dolor que nada podía contener, y se abandonó por entero a su desesperación.

Se rehizo bastante aprisa y, desde que encontró fuerzas, reanudó todas las costumbres de su vida ordinaria. Sacó de un cajón las cuartillas de una novela, que había comenzado poco después de la publicación de **Jane Eyre**, y resolvió continuarla y terminarla. El personaje principal era Emily. El segundo tomo estaba ya acabado en la época de la muerte de Branwell; era septiembre de 1848. En julio de 1849, Charlotte cogió otra vez la pluma y escribió un nuevo capítulo: *El Valle de la Sombra de la Muerte*. Este libro le costó más desvelos que **Jane Eyre**, puesto que ahora tenía que mantener una reputación. Trabajaba con dificultad, ya que no tenía a nadie a quien poder leer su relato y pedir consejo; una vez terminada su tarea, se paseaba a solas en el gran salón deserto, entregada a la amargura de sus reflexiones.

En Haworth sopla el viento con extrema violencia. Por la noche fuerza a escuchar el extraño ruido de su lúgubre grito en el que creeríamos reconocer llamadas desesperadas de voces humanas. Contra la melancolía y quizás el terror que entonces nos asaltan, no hay otro

remedio más eficaz que el abandono a la voluntad providencial, y a él recurría Charlotte, recuerdos demasiado recientes la mantenían despierta.

Nunca fue muy feliz, pero conoció la dulzura del cariño. Ahora se veía privada de todo lo que le había hecho la vida soportable; nada tenía que esperar de los años venideros. Su corazón se oprimía al oír sus pasos resonar en las habitaciones vacías. De nada servía el tiempo, su tristeza seguía siendo la misma.

En octubre de 1849, apareció **Shirley**. Fue una especie de acontecimiento en el mundo literario y la crítica tuvo mucho que decir sobre esta nueva novela; en general dijo cosas positivas y Charlotte se estimó por de pronto recompensada de sus esfuerzos; pero la esperaba una dura mortificación.

En noviembre fue invitada a pasar una temporada en Londres y a conocer a Thackeray. Esta vez aceptó. Sin embargo, tuvo que violentar su timidez, cuando se vio en presencia del gran escritor, y sufrió mucho al sentirse tan desmañada y tonta, tan provinciana. No encontraba nada que decirle; a veces ni siquiera sabía si hablaba seriamente o si bromeaba y en qué tono convenía responderle. Thackeray hizo una alusión a **Jane Eyre** que ella no entendió en seguida y luego, percatándose de su error, se puso colorada. Esta conversación fue para Charlotte una verdadera prueba.

Sus anfitriones, Mr. y Mrs. Smith, la hacían pasearse por Londres. Una mañana decidieron ponerse en camino algo más temprano que de costumbre, pero Charlotte les pidió que le permitiesen lanzar una ojeada a los periódicos que acababan de llegar. Ellos insistieron en salir en seguida. Charlotte se obstinó, sospechando que le estaban ocultando los periódicos adrede, y pidió que le trajesen el *Times*. Pero acababan de retirarlo. Comprendió totalmente y pidió de nuevo el periódico. Mrs. Smith se lo dio por fin.

Las dos mujeres estaban sentadas enfrente de otra. Charlotte había desplegado el *Times* y lo tenía ante ella. Mrs. Smith simulaba coser y no le quitaba ojo, cuando de pronto vio las lágrimas que bajaban por el corpiño de Charlotte. La crítica del *Times* no había perdonado a **Shirley**.

"Amo la verdad -escribía Charlotte algunos años más tarde-, y a propósito de una crítica malévolas le rindo honores igualmente y me arrodillo ante ella. Bien está que me abofetee. Las lágrimas acuden a mis ojos, pero iánimo! He aquí la otra mejilla. Golpea de nuevo, muy fuerte."

En cierta medida debió estar compensada la pena que le produjo el artículo del *Times* por el éxito de su libro entre los habitantes de Yorkshire. En seguida reconocieron Haworth en la novela de Charlotte y a fuerza de paciencia acabaron por descubrir la verdadera identidad de Currer Bell. Algunos eclesiásticos del vecindario hicieron gestos de desagrado al leer **Shirley**, porque la hija del pastor ponía una especial energía en presentarlos bajo su verdadero aspecto. Los conocía bien; venían con frecuencia a ver a su padre y, aunque no les mirase mucho y les hablase poco, comprendió maravillosamente de qué estaban hechos y supo pintarlos de tal manera que gimieran de vergüenza. Con el tiempo se les pasó su indignación y volvió a haber amistad entre ellos y los habitantes del presbiterio.

Ahora Charlotte estaba sola de la mañana a la noche. Patrick Brontë comía en su cuarto y, cuando no estaba en su biblioteca, predicaba en la iglesia o visitaba a sus feligreses. Después de cenar, si no estaba extenuado por el trabajo, Charlotte se sentaba a su lado y le leía en voz alta durante una hora o dos. Adoraba a su padre, pero no parece que haya habido entre ellos verdadera intimidad espiritual; le obedecía en todo y le participaba sus proyectos, y discutía con él la intriga de sus novelas y el carácter de sus personajes; sin embargo, nada podía sustituir las conversaciones con Emily y Anne, cuando andaban por el salón de arriba a abajo, durante las largas noches de invierno, hablándose sin ninguna reserva, con todo el abandono de la amistad fraterna. Entre el padre y la hija no podía haber la misma confianza y la misma certeza de comprensión mutua.

Patrick Brontë se acostaba pronto, inmediatamente después de la oración de la noche que recitaban a las ocho. Charlotte, que no podía dormirse tan temprano, se ocupaba leyendo o cosiendo o bien, cuando se sentía presa de inquietud y tristeza, paseándose incansablemente, doblada en dos, por la habitación solitaria a la que sus hermanas ya no vendrían más. Pero era supersticiosa y se preguntaba si no volvería a verlas en este mundo.

A veces lo deseaba con todas sus fuerzas y, cuando el viento se elevaba en la planicie y gemía en torno al presbiterio, se ponía a escuchar y creía percibir las voces de Emily de Anne, que le hablaban misteriosamente y la imploraban que abriese.

Durante el día se paseaba por el campo y regresaba a casa triste y abatida. Todo lo que veía a su alrededor la recordaba lo que había perdido y su herida se reavivaba sin cesar.

Los años pasaban lentamente y poco a poco se resignó a su soledad. De vez en cuando iba a hacer visitas en el vecindario. Varias veces fue a Londres, para ver la Exposición, el Palacio de Cristal, o para escuchar las conferencias de Thackeray; pero esos eran acontecimientos, y su vida ordinaria era muy retirada. Tenía grandes aprensiones de que muriese su padre, porque entonces hubiese estado sola por completo en la casa, perspectiva que le resultaba insopportable. Las menores indisposiciones del anciano la atormentaban; raro era que consintiese alejarse de él durante varios días.

La ocupaba una nueva novela, pero la escribía sin ganas y, prudentemente, se negaba a prometerla para una fecha fija. Los cuidados domésticos le ocupaban el resto de su tiempo. Era preciso que todo estuviese en orden en el presbiterio, todo en un estado de pulcritud rigurosa. Ahora que era un poco más rica que antes, se compraba muebles, tapicerías. Un hermoso y grande reloj de pared dejaba oír su voz en el silencio profundo de la casa, y nada era tan bonito como el salón tapizado de rojo, pero estaba vacío. Arriba, en el descansillo, delante del cuarto de Emily, un perro viejo y ciego dormía todas las noches y lloraba por las mañanas olfateando por debajo de la puerta: era Keeper.

Desde hacía algunos años venía a la casa un eclesiástico llamado Arthur Nicholls. Sus visitas eran bastante frecuentes y agradaban a Charlotte. Nicholls era un hombre reservado que jamás hablaba de literatura, pero Charlotte descubrió en él las cualidades que le eran predilectas: era bueno y recto, y le amó. ¿Lo sabía él? Un día de diciembre de 1852 vino a visitar a Patrick Brontë y se quedó cierto tiempo con él en su biblioteca. Luego Charlotte, que cosía en su cuarto, oyó abrirse y cerrarse la puerta; creyó que se marchaba, pero se percató en seguida del ruido de sus pasos en la escalera. Se paró delante de su puerta y llamó. Ella adivinó y corrió a abrir. El entró y se quedó inmóvil ante ella. Era un hombre tímido a pesar de su aparente firmeza. No se había atrevido a hacer la petición a Patrick Brontë, pero le dijo a Charlotte lo que tenía que decirle, y ella le prometió una respuesta. Patrick Brontë tenía una opinión amarga y descorazonadora del matrimonio, y la estima que sentía por Nicholls no le hizo cambiar en este punto. Rehusó pues a su hija el permiso para casarse. Charlotte renunció; había aprendido a no violentar su destino, a esperar.

Unos meses antes había terminado su última novela, **Villette**. Su padre intentó en vano que modificase el desenlace que estimaba demasiado melancólico, pero Charlotte se mantuvo en sus trece, como antes en su discusión con Emily a propósito de **Jane Eyre**, y el personaje que tenía que encontrar la muerte en el Océano Atlántico se ahogaba en él como es debido. Consintió, sin embargo, en envolver de misterio las circunstancias de este trágico fin, para mitigar la pena del lector sensible. Luego envió la novela a su editor e hizo sus oraciones.

A una voz se alabó el libro y se aclamó a su autor, y el éxito de **Jane Eyre** no fue nada al lado del de **Villette**. Ahora la ambición literaria de Charlotte estaba satisfecha; había colocado el nombre de Brontë junto a los nombres más famosos de su tiempo y el país entero rendía homenaje a su genio. Pero la gloria no dejaba impronta en esta alma orgullosamente humilde. Charlotte siguió siendo la misma y miraba de lejos, a través de sus gafas, a un mundo del que casi se había retirado. Las preocupaciones la debilitaban ahora un poco y su vista era mucho más miope. A veces, cuando su padre andaba bien, visitaba a sus amigos. Volvió a ver a Thackeray varias veces, pero era demasiado tímida para encontrar mucho placer en esas entrevistas. Estaba mejor en casa, en el salón rojo de Haworth.

De repente, y en el momento en que no se lo esperaba, la felicidad entró en su vida. Su padre volvió sobre su decisión y, tras haber reflexionado más de un año, permitió el matrimonio de su hija con el Reverendo Nicholls. La alegría de Charlotte era inexpresable. Se ocupó en seguida de las habitaciones de su futuro marido, hizo cambiar el papel de las

paredes y pintar las *boisseries*, y luego se fue a los alrededores de Leeds para renovar su propio guardarropa.

Se casó el 29 de junio de 1854. Su traje de muselina bordada, su gorro blanco adornado de hojas verdes, le daban el aire de una flor de invierno.

Unos meses después de su matrimonio, cogió frío paseándose por el campo y tuvo que meterse en cama. No era nada, pero sus fuerzas habían sido probadas demasiado frecuentemente para seguir resistiendo, y se produjeron complicaciones. Un día, al despertarse de un largo sueño, oyó a su marido que murmuraba oraciones, y el terror la sobrecogió. "¿No voy a morir, verdad? -dijo-. No nos separará, iéramos tan felices!"

El 31 de marzo de 1855, la puerta del presbiterio se abrió por última vez para dejarla pasar. Su padre la sobrevivió seis años.

1924

*

«NATHANIEL HAWTHORNE UN PURITANO, HOMBRE DE LETRAS»¹

(1804-1864)

Te has transformado (¡Oh terrible prisión!)

En tu propia mazmorra...

(Milton, Samson Agonistes)

Alrededor de 1815, Salem no era más que un pequeño puerto en la costa de Massachusetts, que se adormecía poco a poco en el recuerdo de una próspera actividad. Allí vivía una mujer cuyo marido, el capitán Hawthorne, había muerto desde hacía años. En aquella época y en esa parte del mundo, las conveniencias imponían a las viudas una suerte cuya crueldad tiene algo de hindú. Fiel a las tradiciones, a Mrs. Hawthorne jamás se la veía. Pasaba su vida, enteramente consagrada a su dolor, en una casa de la que el miedo y luego la costumbre le impidieron por mucho tiempo salir.

Esta mujer melancólica educó a tres hijos, Elizabeth, Nathaniel y Louisa. Por fuerza de las cosas, las hijas hacían compañía a su madre, pero el hijo salía, correteaba por las calles, jugaba en el polvo o la nieve con los chiquillos del vecindario. Era vigoroso y peleador, con una tendencia irresistible a la burla.

Sin embargo, reía menos por la tarde, cuando volvía a casa. Su madre contaba toda clase de historias sobre los tiempos en que multitudes vestidas de paño negro se apretaban en las plazas de Salem para contemplar a las brujas que daban alaridos en las llamas de las hogueras. No quedaba todo aquello tan lejos. El bisabuelo de Mrs. Hawthorne había sido maldecido por una de aquellas desgraciadas a la que atormentaba en su calidad de magistrado.

Pero el bisabuelo William Hawthorne era el antepasado que, más que ningún otro, dominaba a esta familia. Era una especie de gigante cuya sombra se extendía hasta el pequeño Nathaniel. Había exterminado a los indios, fundado una compañía de cazadores, talado bosques, perseguido a los cuáqueros, establecido su religión con una mezcla de astucia, de piedad y violencia. Puritano orgulloso, se atrincheraba en su virtud como en un bastión y no resultaba accesible a ninguna debilidad. No voy a distraerme con el juego que consiste en reencontrar a los antepasados en su descendiente, pero es probable que incluso a distancia de cuatro generaciones no se escape éste a la influencia de una conciencia y de una voluntad tan imperiosas como las del viejo Hawthorne.

Después de algunos años pasados en la escuela de Salem, Nathaniel fue enviado al Bowdoin College. Tenía entonces dieciocho o diecinueve años y solía decirse de él que era el

¹ Publicado aparte en *Editions de Cahiers Libres*, 1928.

joven más guapo de la región. Su pelo era casi negro y ligeramente ondulado, sus cejas espesas y alargadas. Una mirada de fuego animaba su rostro de una regularidad sin tacha. Un día que se paseaba por el campo, le preguntó una gitana al verle, juntando las manos, si era un hombre o un ángel.

Sin embargo, no era la ternura lo que le caracterizaba. Era cordial, pero también muy celoso de sí mismo, de su tiempo, de su soledad. Con los años se acusaba en él una proclividad a la tristeza. Cuando volvió a vivir en Salem, adoptó la costumbre de encerrarse en casa, como su madre, para escribir durante todo el día y no salir sino al crepúsculo. "A veces -ha dicho en su diario- me parecía que estaba ya en mi tumba, con la vida justa para tener conciencia del frío que me embotaba."

Ya había comenzado a publicar cuentos; pero dudaba, si no de sí mismo, sí al menos de la acogida que se le dispensaría. Los años pasaban. No veía a nadie y se condenaba a una especie de reclusión en la que sepultaba su juventud.

Hacia 1830 se fijó en él la atención del público. No firmaba lo que escribía, pero había en sus cuentos un acento tan nítido que no costaba ningún esfuerzo atribuírselos al mismo autor. Por fin, seis años más tarde se decidió, con harta prudencia y hartas precauciones, a publicarlos en volumen y bajo su nombre. Amigos de colegio se ocuparon del éxito de *Los cuentos vuelos a contar*. Hubo algunos artículos: a Longfellow le gustó el libro; a Poe menos, pero la venta sobrepasó todas las esperanzas: cerca de setecientos ejemplares en menos de dos meses, cifra enorme para aquella época. Solo Hawthorne continuaba desconfiando del porvenir. Toda su vida se esforzó por no contar, como Vigny, "con ningún paseo, con ninguna flor". Consideraba al presente como un terreno sólido, pero que en cualquier momento podía abrirse bajo sus pies.

*

En 1839 se enamoró de una muchacha de Salem, Miss Sophia Peabody, en quien había él puesto sus ojos, le amó desde el primer instante (iera tan guapo!), pero no lo confesó sino después de un plazo conveniente, y sus corazones puritanos jugaron el uno con el otro antes de ponerse de acuerdo.

Las cosas no fueron fáciles. Elizabeth Hawthorne, que amaba a su hermano con locura, no soportaba la idea de que pudiese casarse. "No se casará nunca -repetía ansiosamente-, no hará nada jamás, es un ser ideal." Y como este argumento no parecía decisivo, encontró otro: "Además, a miss Peabody le impide casarse su salud." Lo cual era más hábil, ya que era verosímil, y Mrs. Hawthorne acabó por dejarse convencer. Sophia Peabody nunca había, en efecto, sido muy fuerte. Muy joven aún, estuvo a punto de morir y sólo se pudo salvar a fuerza de drogas que la habían vuelto extremadamente delicada. Dolores de cabeza casi continuos tornaban su vida en un martirio. El menor ruido la torturaba y, enormemente nerviosa, comía sola, porque no era capaz de soportar el tintineo de cuchillos y tenedores.

A la vista de estos hechos, Mrs. Hawthorne iba a oponer su veto al matrimonio de su hijo -y ni que decir tiene que hacia 1840 y en los alrededores de Boston este veto tenía su peso-, cuando después de veinte años de sufrimiento, para confusión de Elizabeth, sanó Sophia.

No se casaría, sin embargo, más que dos años y medio más tarde, durante los cuales Hawthorne trabajó en Boston y luego en Brook Farm. La idea de que él sólo "era un sueño y no alguien de verdad" actuaba sobre él con la fuerza de una obsesión. Tuvo miedo de caer en una neurastenia y, con toda la seriedad de un hombre de su estirpe, entró en lucha consigo mismo. "Es preciso -escribía- que tome contacto con el mundo material." Precisamente había un puesto libre en el servicio de aduanas de Boston; le tomó (como si el oficio de hombre de letras no fuese suficientemente duro y como si ganar el pan escribiendo no fuese ganarlo con el sudor de la frente). Tenía la constante preocupación de ser como los demás, al menos en apariencia, y quizás temía pasar por raro, si no hacía otra cosa que escribir libros. Sea como fuere, trabajó dos años en la aduana.

Como consecuencia de circunstancias sin gran interés, tuvo que abandonar el servicio de aduanas y, siempre por horror al ensueño, tomó el camino de Brook Farm, ensenada de gracia de ideólogos bien musculosos. Brook Farm

había sido fundada por adeptos del fourierismo², a quienes el estado presente de la sociedad no contentaba en absoluto. Por tanto habían resuelto crear una comunidad ideal, en la que todo el mundo ganaría su pan, en la que no existirían los ricos. América entera aplaudió y estuvo atenta. Pero los intelectuales labran mal y siembran a despecho del buen sentido, y cuando Hawthorne llegó a prestar el concurso de sus brazos, Brook Farm ya no marchaba tan bien. Hawthorne trabajó a pesar de todo, cavó la tierra, transportó innumerables carretillas de estiércol bajo un sol implacable. Cuando se cansó, volvió a su casa.

Naturalmente que durante esta separación de más de dos años estuvo en marcha la correspondencia entre los novios. Lo que sorprende en estas cartas, mucho más que las protestas de amor, es una especie de miedo que sentían el uno del otro y la imposibilidad, en que parecían vivir, de hablarse familiarmente. El tono es el de una ternura afectada que, de una manera indefinible, colinda con algo que casi era religioso. Hawthorne no leía nunca una carta de Sophia sin haberse lavado antes las manos. Este hecho habla bastante sobre lo que quiero indicar.

Se casaron, pues, en 1842 y fueron a vivir a Concord, cerca de Boston. Una timidez extraordinaria impedía a Hawthorne ver a mucha gente y los invitados eran escasos. Trabajaba. "Trabaja -escribía su mujer- para que el mundo sea mejor." Cuando se cansaba de escribir remangaba sus mangas y se iba a cortar leña detrás de la casa. A veces veía a Emerson, que vivía cerca, que lo pasaba bien con él.

*

En 1845, dificultades económicas le forzaron a dejar Concord. Los cuatro años siguientes los pasaron en Salem, donde una vez más ocupó un puesto en el servicio de aduanas; no es que, como antaño, sacase ahora de ello un provecho moral, sino que andaba necesitado de dinero. Editores sin escrúpulos publicaban sus cuentos y, beneficiándose de que entendía poco de sus intereses, jamás le pagaban. A pesar de todo, era feliz. Su mujer le había dado una niña, a la que llamó Una, en recuerdo de una heroína de Spencer, y un año después un niño, Julian. Hawthorne encontraba tiempo para trabajar en una novela y llevar un diario en el que sobre todo se trataba de sus hijos, a los que observaba con una especie de arrobo y cuyos juegos y palabras relataba con el mayor detalle.

Mrs. Hawthorne nunca se había mezclado demasiado en la vida de su hijo. Parecía alejada de todo, y a pesar de la emoción de Nathaniel cuando ella murió (estuvo a punto de tener una fiebre cerebral), da la impresión que los lazos que existían entre ellos fueron bastante flojos. Se repuso en seguida y continuó su trabajo.

Un día leyó el manuscrito de la novela que acababa de terminar. Las lágrimas le interrumpieron varias veces. Hawthorne no es un alma que se entregue y se explique con gusto; es preciso captarle a lo vivo en rasgos como éste que he referido. El libro se llamaba *La Letra Escarlata*. Alcanzó un éxito inmediato, no sólo en América, sino en Inglaterra, tan arisca y exigente de ordinario cuando se trata de una obra americana. Las cartas afluían a Salem, cartas extrañas de gentes que se reconocían en este libro, criminales que no podían seguir viviendo con su crimen y que buscaban librarse de su inquietud en la confesión. Las quemó todas.

*

En Lennox, donde se estableció poco después, no lejos de Salem, veía con bastante frecuencia a Melville, el hombre más pintoresco del mundo, abotonado hasta la barbilla. Melville había viajado largos años, vestido con una camisa de franela roja y un pantalón de tela blanca, no llevando consigo más que un cepillo de dientes y un cinturón forrado de billetes de Banco. Así visitó los mares del Sur, África, y vivió con los caníbales, trayendo de

² Doctrina socialista basada en las ideas del utópico francés Charles Fourier.

esas tierras bárbaras una independencia de carácter y un desprecio del mundo que encontraban en Hawthorne quién sabe qué eco lejano.

Melville narraba sus aventuras a la perfección y los Hawthorne no se cansaban de escucharle. Un día, en el curso de una visita, describió una horrible batalla que había visto librarse entre salvajes en una isla del Pacífico. Uno de los combatientes hacía prodigios de valor con una enorme porra, golpeaba a diestra y a siniestra, aplastaba las filas enemigas con este arma terrible. Nathaniel y Sophia escucharon esta historia con la boca abierta, sin perder una palabra, un gesto. Cuando Melville se fue, Hawthorne y su mujer intercambiaron mil reflexiones. "¿Pero dónde está la porra?", preguntó de repente Mrs. Hawthorne. Hawthorne estaba persuadido de que Melville la había traído consigo; Mrs. Hawthorne sostenía que sin duda la había posado en algún rincón. La buscaron sin encontrarla, pero en cuanto tuvieron ocasión de volver a ver a Melville, no dejaron de preguntarle qué había hecho de su célebre porra. Estupefacción. Jamás la había tenido entre sus manos y según toda probabilidad, nunca había salido de la isla.

*

Hasta 1854, la vida de Hawthorne discurrió en una especie de feliz monotonía. Había perdido su empleo como consecuencia de una maniobra política en la cual fue sacrificado. Su mujer estaba encantada. "Por fin vas a poder escribir." Y en efecto, se puso al trabajo y en cinco meses, demasiado lentamente para su gusto, produjo *La Casa de las Siete Chimeneas*. La fortuna sonríe a veces a los que nada quieren esperar de ella, y el libro tuvo un éxito por lo menos igual al del precedente. En Inglaterra era preciso remontarse hasta *Jane Eyre* para encontrar un libro que hubiese causado una impresión tan profunda. Hawthorne era de ahora en adelante, si no rico, célebre.

Sin embargo, su vida iba a cambiar. Un camarada de colegio, Pierce, que ascendía rápidamente en la carrera política, hizo nombrar a Hawthorne cónsul en Liverpool. Después del puesto de embajador en Londres, era éste el puesto mejor que hubiese podido ofrecérsele, y a decir verdad parecía Hawthorne muy preparado para desempeñarle, tanto por su dignidad personal como por la especie de gloria literaria que iba unida a su nombre. Dejó América en 1855. Poco tiempo antes, Louisa se había ahogado en el Hudson y su hermana se había retirado a una granja en Nueva Inglaterra en la que se quedaría treinta años sin ver a nadie, levantándose a mediodía, leyendo o paseando sola el resto del día.

*

En Liverpool, donde se sobreentendía que no se quedaría más que dos años, Hawthorne dedicaba todo su tiempo a sus nuevas funciones y consagraba sus horas de ocio a paseos con sus hijos o a su diario. Pero el clima no le convenía a Mrs. Hawthorne, que estaba bastante delicada del pecho, y se decidió que fuese a pasar unos meses a Madeira con Una y Rose, la más pequeña de la familia. Hawthorne se quedó solo con su hijo. Al cabo de un tiempo, le dieron permiso, que aprovechó para recorrer Inglaterra y sobre todo visitar Londres.

En fin, que transcurrieron los dos años. Mrs. Hawthorne iba mejor. Toda la familia se reunió en Inglaterra para hacer un viaje por el continente antes de regresar a América.

Hawthorne se había interesado siempre por la historia de Italia y la conocía bien. Mrs. Hawthorne, por su lado, estaba loca por la pintura y conocía a fondo, por álbums de grabados, el repertorio de los grandes museos de la península. Ambos habían forzado a sus desgraciados hijos a leer y releer a Gibbon, cuyo estilo pomposo y adornado se convertía en una tortura al cabo de tres páginas.

Equipados así, atravesaron Francia y pasaron los Alpes. El frío, la gripe, las dificultades de un viaje en diligencia rebajaron mucho su entusiasmo. Roma les desilusionó.

Comenzó la visita de los museos. Las obras maestras fueron examinadas pacientemente, pintura y escultura. Ante las copias de las estatuas griegas hubo en Hawthorne como un despertar del viejo William. ¿No era como para echarse a temblar esta desnudez que se

exponía con tal impudicia? ¿Por qué diablos no habían podido vestirse? Sin embargo, una estatua que contempló con las cejas fruncidas terminó por ejercer sobre él todo el encanto malicioso de que era capaz. Se trataba del *Fauno* del Vaticano. Su rostro no es más que una sonrisa triunfante y burlona que parece haber tenido solamente para atrapar al puritano, y de hecho el puritano, como se verá, no pudo olvidar al *Fauno*.

La hora del regreso fue precipitada por la enfermedad de Una, que estuvo a punto de morir de fiebre palúdica. Desde Roma fueron a Inglaterra, en donde se detuvieron algunos meses con el fin de reposarse de estas fatigas y de permitir a Hawthorne escribir una novela que le había inspirado el *Fauno*. Hay bastantes cosas en *El Fauno de Mármol*, bastantes sueños y bastantes símbolos. No creo que nunca se haya dicho sobre Hawthorne, sobre su manera de pensar y de escribir, una frase más plena y más precisa que ésta misma que es suya: "Mis visiones son mucho más nítidas al resplandor crepuscular del fuego que a la luz del día o de una lámpara..." El libro apareció en 1860. A los que les gustó, les gustó sin límites. Algunos se sintieron decepcionados por lo que hay de abstracto en esta novela y por lo que no llegaron a adivinar. Casi todo el mundo reconoció en uno de los personajes a una de las criminales más ilustres de aquellos días, la institutriz de los Praslin.

*

Por fin regresaron. Era el verano de 1860. Ahora que era más rico, Hawthorne mandó ampliar la casa que poseía en Concord. El sueño del escritor consistía en escribir en una torre. Se le construyó, pues, una torre adosada al cuerpo de la casa. Una escalera de caracol conducía a una pequeña pieza amueblada con un escritorio en la que Hawthorne, de haber tenido ganas, hubiese estado inmejorablemente para trabajar.

Pero las cosas se estropeaban en el país, y la guerra, que agitadores sin escrúpulos reclamaban desde hacía tiempo, estalló al fin, a pesar de los esfuerzos de Lincoln. Fue uno de los desplazamientos de vidas humanas más grandes que la tierra haya visto. Durante más de cuatro años se desgarró América en luchas espantosas. Los rebeldes, como se los llamaba en el Norte, eran más duros de vencer que lo que se había creído (llegaron incluso tan cerca de Washington, que prendió el pánico), pero los ejércitos de Lee carecían de municiones, encontrándose en el Norte casi todas las fábricas. Una desolación inmensa se extendió por el Sur; sin uniformes, sin cartuchos, los soldados se vestían como podían. En Virginia se reconocía el paso de un ejército por las huellas ensangrentadas que los pies descalzos dejaban en los caminos.

Hawthorne pudo parecer indiferente a lo que pasaba, puesto que era raro que consintiese en hablar de guerra: se aferraba demasiado a la tranquilidad de su alma; pero quizás esa reserva dé más peso a esta frase, a la cual nada quiero añadir por miedo a debilitar su elocuencia: "Apruebo esta guerra como cualquier otro, pero no comprendo bien por qué luchamos." Escribía esto más de seis meses después de la secesión del Sur.

*

Envejecía. Una novela que había comenzado, y prometido a su editor, había sido abandonada. "Tengo la intuición de que haré mejor manteniéndome tranquilo", confió a un amigo. Un poco más tarde el escritor Stoddard le envió un poema: *La Campana del Rey*, que encerraba una moralidad bastante sombría. "He leído su poema, respondió Hawthorne, con muchísimo gusto... Hubiese querido únicamente que la idea no fuese tan triste. Su héroe hubiese podido tocar la campana una vez en el curso de su vida, otra en el momento de su muerte. Pero puede que tenga Ud. razón. He sido feliz, y, sin embargo, no puedo recordar un solo instante de felicidad tal que experimentase la necesidad de hacer resonar la campana."

Casi nunca había estado enfermo; ahora lo estaba, sin que se supiese exactamente de qué. Una especie de misterio flotaba alrededor de este hombre como alrededor de los personajes que había creado. Había renunciado definitivamente a escribir y se separaba de todo definitivamente. Un amigo, Ticknor, que además era su editor, decidió que necesitaba

cambiar de aires y le llevó con él de viaje. Fueron a Nueva York, a Filadelfia, pero Hawthorne se debilitaba y a nada le sacaba gusto. Por amistad hacia Ticknor, a quien estaba apegado, obedecía, sin embargo, y se trasladaba con él de ciudad en ciudad. Sucedió entonces algo casi ridículo, tan cerca está lo trágico de la risa. Ticknor murió de repente. Hawthorne regresó a casa solo. "La muerte se ha equivocado" -dijo.

No se trató ya de salvarle. Sin embargo, Pierce quiso intentar un último esfuerzo y le persuadió de que otro viaje le haría bien. Hawthorne cedió. Temía que la muerte le llegase en su casa, entre su mujer y sus hijos. Separarse de ellos de ese modo le turbaba. Prefería despedirse, como se despidé uno la víspera de un viaje, e ir a buscar la muerte lejos; resultaría menos penosa. Los dos amigos partieron hacia mediados de mayo de 1864. Fueron durante tres días en dirección norte. Al cabo de esos tres días se detuvieron en una aldea para descansar. Esa noche Hawthorne se acostó temprano y se durmió sobre el costado derecho. Así le encontraron a la mañana siguiente, cuando se constató que estaba muerto. (1928)
